Voces al tiempo

Noemi Cabali · Iván Cabrera · Belén Cabrera · Amelie Lozano
Beatriz Morera · Mónica Pulido · Alexis Ravelo

Voces al tiempo

Voces al tiempo

Noemi Fernanda Cabali Santana
Iván Cabrera Perdomo
María Belén Cabrera Perdomo
Amelie Lozano
Beatriz Morera Miranda
Mónica Pulido Martín
Alexis Ravelo (ed.)

Textos
Noemi Fernanda Cabali Santana
Iván Cabrera Perdomo
María Belén Cabrera Perdomo
Amelie Lozano
Beatriz Morera Miranda
Mónica Pulido Martín
Alexis Ravelo (ed.)

Apéndices analíticos
Marta Silvera Roig
Mónica Pulido Martín

Ilustraciones
MAT / Reglade3

Maquetación y dirección de arte
Reglade3

Impresión
Gutemberg, imprenta digital

ISBN 978-84-8103-677-0
D.L. GC 1581-2013

Estimado lector/a:

Con motivo de la Conmemoración del 25 de Noviembre, Día Internacional contra la Violencia de Género, el Cabildo de Gran Canaria renueva su compromiso con todas las personas de nuestra isla y específicamente con las mujeres, niños, niñas y jóvenes víctimas de violencia de género.

Este compromiso se materializa en el trabajo cotidiano de las profesionales de la Red de Violencia de Género de Gran Canaria, en la intervención con las personas que la sufren y con aquellas susceptibles de sufrirla, y en la prevención de las desigualdades entre hombres y mujeres, que constituyen el inicio de las conductas violentas. Entendemos que la atención a la violencia de género exige la especialización de los servicios y de las actuaciones profesionales y, en esta línea, el Cabildo de Gran Canaria apuesta por la consolidación de equipos profesionales específicos.

Pretendemos descontextualizar la violencia de los ámbitos privados y asumir la responsabilidad pública respecto de su prevención y tratamiento, generando cultura de igualdad, evidenciando las situaciones que puedan ser constitutivas de violencia, identificando a los agresores y protegiendo a las víctimas.

El libro que tienes en tus manos constituye una importante acción preventiva, que más allá de la lectura de sus páginas, lo convierte en un instrumento de trabajo para docentes, trabajadores sociales, agentes de igualdad…profesionales que intervienen en el traslado de la información y la enseñanza al alumnado de Primaria, Secundaria y Bachillerato de Gran Canaria.

Las personas que han intervenido en el libro lo hacen desde la exposición de una experiencia única como niños y niñas afectados por la violencia de género ejercida sobre sus madres. Trasladan su vivencia en torno a un cuento que invita a la reflexión y al aprendizaje, elevando su voz a un tiempo, con un mensaje positivo, y atemporal.

Desde la Consejería de Política Social del Cabildo de Gran Canaria, agradecemos a las personas participantes su inestimable aportación y deseamos que revierta en beneficio de una sociedad más igualitaria y más justa.

José Miguel Bravo de Laguna Bermúdez
Presidente del Cabildo de Gran Canaria

El libro que tienes en tus manos es, desde el punto de vista técnico, el producto de un Plan de Formación diseñado y desarrollado por la Sección de Mujer de la Consejería de Política Social del Cabildo de Gran Canaria, enmarcado a su vez en las acciones derivadas del Convenio de Colaboración entre el Instituto Canario de Igualdad y el Cabildo para el desarrollo del Sistema Social de Prevención y Protección contra la Violencia de Género.

Pero más allá de lo técnico, el texto que presentamos es el resultado de un proceso de trabajo en equipo que abarca desde la excelente disposición de las personas que relatan su experiencia personal, hasta la entrega del escritor Alexis Ravelo y la profesionalidad de las personas que trabajan en la Casa de Acogida, a lo que se suma la ilusión que hemos puesto para unir toda esa experiencia de vida y de trabajo.

Para todos y todas ha sido un proyecto deseado durante mucho tiempo, que se ha cocinado a fuego lento, preparando cada ingrediente con sumo cuidado, para finalmente verlo nacer, como continuación de algo ya iniciado en el año 2010 con la edición del libro, en el que se plasman igualmente los relatos de un grupo de mujeres protagonistas en primera persona de la violencia de género.

Estábamos de acuerdo en que queríamos hablar de la violencia de género, continuar nuestra tarea de sensibilizar conciencias y actitudes de generar cultura de igualdad y de convivencia respetuosa entre hombres y mujeres.

Sin embargo, no queríamos hacerlo de cualquier manera, porque el objetivo fundamental es *visibilizar la violencia de género desde la perspectiva de niños, niñas y jóvenes, hijos e hijas de mujeres valientes y luchadoras que un día decidieron romper un ciclo que les dañaba gravemente, ofreciéndose a sí mismas y a sus familias una oportunidad de vida*. Por eso, debíamos trasladar nuestro mensaje de una forma : La lectura de este texto te llevará al mundo de los cuentos, donde la realidad se dibuja desde la experiencia de la persona que lo narra,

que vuelve a sus recuerdos y perfila su historia de una manera sutil, tan llena de posibilidades que se expresa a través de un relato, dando paso a la reflexión sobre algunos aspectos que se repiten en cada historia, como enlaces invisibles con una forma común de vivir la agresividad, la tensión, el miedo, haciéndonos conscientes de un punto de vista del que poco se habla.

Ellos y ellas nos hacen reflexionar sobre la evolución de la percepción social y del tratamiento profesional de la violencia de género. La situación ha cambiado, como consecuencia del avance de la legislación y de la implantación de protocolos de actuación específicos, así como de procesos de formación continua y especializada de todos los agentes sociales implicados en la atención a las víctimas y en la prevención de la violencia de género. Todo ello ha derivado en la especialización de los servicios y profesionales, haciendo hoy poco frecuentes algunas de las situaciones relatadas, en las que se minimiza la situación de la víctima, se "resuelven" las cosas en familia o se le orienta a ser ella la que favorezca la convivencia, responsabilizándola de toda la situación, en soledad.

Se ha avanzado, pero debemos continuar, seguir luchando porque esa especialización llegue realmente a todas las personas que trabajan en este ámbito, sin permitir ningún paso atrás, ningún retroceso en los derechos de las mujeres.

Nos consideramos en la responsabilidad de realizar un sincero reconocimiento a todas las profesionales que apoyan a las mujeres y a sus hijos e hijas en sus procesos personales y únicos, acompañándolas en su trayectoria vital, tal y como vemos en los relatos de los que un día fueron chicos y chicas acogidos/as junto a sus madres en la Red Insular de Gran Canaria. Porque si la acogida de las mujeres, en el amplio sentido del término, es nuestra tarea determinante, la acogida de sus hijos e hijas se convierte día a día en nuestro principal objetivo de prevención de la violencia.

La demostración de que esto es cierto la tenemos en la realización de este libro de relatos, porque son estas personas las que han contado antes y ahora. Las que seguirán contando para que las profesionales podamos seguir aprendiendo y descubriendo nuevas prácticas sobre cómo erradicar la violencia en las relaciones humanas.

Es grato pensar que esta iniciativa se prevé productiva respecto a la prevención de la violencia de género, que los/las profesionales que intervienen en la prevención dispondrán de una herramienta de trabajo con múltiples posibilidades pedagógicas y que su uso podrá contribuir a la reducción de los factores de desigualdad que generan la violencia. Para ello, el libro incluye fichas que aportarán algunas nociones sobre la didáctica del texto. Porque los relatos vividos en primera persona son en sí mismos, una animación a la actividad de la lectura y la escritura como ejercicio literario y revolucionario, que ayudará a seguir creando conciencias y despertando voces que pueden hablar y escribir sin miedo allí donde estén

Finalmente, expresamos nuestro más profundo agradecimiento a cada una de las personas que relatan su experiencia. Sabemos que la tarea no ha sido fácil. Nos consta, que en su afán de producir un relato edificante, han asumido una actitud resiliente, para reconvertir el dolor en una oportunidad para el aprendizaje.

Deseamos que encuentres en las páginas de este libro, una oportunidad para el conocimiento, la reflexión y la intervención respecto de la violencia de género.

Nosotras, por nuestra parte, continuamos trabajando para elevar y garantizar que alguien escuche…

Antonia, Matere, Silvia, y Gema.

Olvidar no es algo que uno haga, sino algo que sucede.

John Fowles. El coleccionista.

A Antonia Alduán

Introducción

(que quienes busquen ficciones podrán saltar sin reparo)

Alexis Ravelo

El Mal absoluto

La violencia es el Mal.

Por motivos profesionales, suelo asistir a encuentros públicos con novelistas que tratan el tema de la violencia. Con cierta frecuencia, en el debate surge la pregunta de si en una sociedad como la nuestra continúa existiendo algo que podamos identificar como el Mal, así, con mayúsculas, el mal absoluto, algo que es en sí pernicioso y nocivo para el mundo. La respuesta casi siempre es la misma: la violencia. La violencia en cualquiera de sus muchas e indeseables manifestaciones: la violencia física, explícita, en sus diferentes grados (desde la amenaza de agresión a esa extrema amplificación del fenómeno a la que denominamos guerra); la verbal (el insulto es siempre un relámpago de infamia); la psicológica y la estructural, su forma más sutil e invisible, pero, acaso por eso mismo, más poderosa, perenne y con más variedad de correlatos, entre los que figuran la discriminación, la explotación y el prejuicio.

Y si la violencia es el mal, erradicar el mal resulta cada vez más difícil. Porque la pulsión violenta (como entendió Freud en *El malestar en la cultura*) forma parte consustancial del comportamiento humano, es uno de esos instintos que permitieron la supervivencia de la especie, el nacimiento de las civilizaciones (hay aquí una paradoja: si esas civilizaciones perecen, será precisamente a causa de la violencia); pero también porque es contagiosa, se ejerce frecuentemente contra el más débil y, en un atrofiado espíritu de compensación, la víctima suele acabar agrediendo a otros. *Last but not least*, nuestra vulnerabilidad suele

devenir a su vez en instinto de agresión: el miedo es el mayor publicista de los fabricantes de armas y el mejor propagandista del totalitarismo.

Pero uno de los ámbitos en los que la violencia resulta más chocante y absurda en el Siglo XXI es el doméstico. No solamente porque es una prolongación de la sociedad patriarcal tradicional, aquella en la que el *pater familias* ejercía su autoridad con mano de hierro (ahora despojada de su propósito oficial de aplicar una sanción negativa, ejercida de forma inexcusable para descargar frustraciones, inseguridades e impotencias en quienes teóricamente deben aceptar el "castigo" sin responder); tampoco porque una combinación de todas las manifestaciones de la violencia (pues lleva al microcosmos familiar la violencia física y verbal, la psicológica y la estructural), sino también, y sobre todo, porque el hogar es el lugar de la protección, de la amabilidad y el cariño. Es el lugar al que nunca deberíamos temer ir, en el que nunca deberíamos temer permanecer.

Esa violencia, la que proviene de aquellos que deberían querernos, cuidarnos y protegernos, es una de las principales asignaturas pendientes de las sociedades avanzadas. Actualmente, nuestros sistemas punitivos permiten que los agresores no queden sin castigo. Asimismo, hemos desarrollado mecanismos comunitarios (acaso precarios, pero decididos) de atención a las víctimas. Sin embargo, el camino de la erradicación de este mal (la más cercana manifestación del Mal), pasa inevitablemente por la prevención. Y, para ello, debemos conocer a fondo el fenómeno: estudiarlo, entender sus orígenes, sus motivos, sus mecanismos y consecuencias.

Voces al tiempo

A esa tarea colectiva de reflexión en torno a la violencia pretende humildemente sumarse este breve volumen, compuesto, principalmente, por textos literarios escritos por personas hoy adultas que, en su infancia, vivieron muy de cerca situaciones de violencia machista. Quienes escribieron los cuentos que siguen a esta introducción pertenecen a hogares en los que se dieron situaciones de violencia de género, vieron cómo sus madres eran agredidas psicológica y físicamente de manera más o menos sitemática por sus parejas. Por su memoria transitan recuerdos comunes: el miedo a escuchar el ruido de un automóvil que llega, el sonido de una llave en la cerradura; la impotencia ante los gritos y los golpes procedentes del otro lado de la pared; el momento de plantar cara, algo que en esas situaciones solo puede hacerse, paradójicamente, huyendo, entrando en un sistema de protección en el que agentes de la ley, profesionales del derecho y, sobre todo, trabajadores y trabajadoras sociales brindan refugio, protección y algo semejante a un hogar como el que se ha dejado atrás, pero aislado del miedo.

Es a partir de esa memoria común que esas seis personas han querido recordar para esa estación en el infierno, supuso el encontronazo con la violencia (con el Mal) en ese frágil periodo que es la infancia.

Pero todas ellas pueden, felizmente, contarlo desde vidas encauzadas, desde el equilibrio psicológico y afectivo, desde la serenidad y la madurez que llegó únicamente después de que sus madres (probablemente con el fin de defender a sus hijos e hijas)

se enfrentaran a sus agresores, rompiendo la baraja del maltrato diario y buscando una vida mejor.

Así que el propósito de *Voces al tiempo* es doble. Por un lado, ayudar a quien se acerque a sus páginas a entender en qué consiste esa familiar manifestación del Mal, proponerle una reflexión en torno a ella a partir de unos cuentos literarios escritos por quienes la vivieron de cerca, sensibilizándole acerca de sus orígenes y consecuencias. Por otro, mostrar que se puede salir del Infierno, que es posible recuperar la seguridad, la autoestima y la alegría, volver a tener un futuro y transitar por él dejando atrás el imperio de la infamia.

Escritura desde la memoria

Antes de que *Voces al tiempo* fuese un libro, fue un taller. Durante las calurosas tardes de agosto de 2013, en largas sesiones de cuatro horas celebradas en pleno corazón del barrio de Vegueta de la capital grancanaria, sus participantes leyeron y analizaron textos literarios, descubrieron técnicas y recursos, se introdujeron en el pantanoso terreno de las herramientas y los materiales de la ficción, debatiendo sobre preferencias estéticas, posibilidades del lenguaje y juegos de perspectiva. El propósito era introducirse en el terreno de la escritura creativa (inexplorado en la mayoría de los casos) para poder luego hacer un ejercicio de estilo del cual surgieran cuentos adecuados al objetivo inicial: hacer un viaje a su infancia desde la actualidad y traerse consigo el relato de sus peripecias personales.

Firmas y cuentos

Tras muchas lecturas, tras muchos borradores revisados, tras muchas papeleras virtuales llenas de distintas versiones de los diferentes textos, el resultado ha sido la selección de cuentos que figura a continuación. Inspirada en *Gramática de la fantasía*, de Gianni Rodari, la técnica propuesta en todos los casos es la misma: el retorno a la infancia a partir del recuerdo de algún objeto (un juguete, un mueble, un utensilio) que cayese como una china en el estanque de la memoria. Los resultados, en cambio, son tan variados como autores firman los textos.

En "Clichés velados", Amelie Lozano utiliza una cámara fotográfica y las fotos que jamás llegaron a sacarse con ella como metáfora de los sueños rotos a lo largo de una vida marcada por la huida. Pero gracias al esfuerzo y la confianza, la senda de fuga acaba convirtiéndose en camino hacia un futuro mejor: ese contraste entre huida y camino, entre fuga precipitada y sendero premeditado es el que, a mi entender, retrata Lozano en su cuento. Esta autora, nacida en 1987, es hoy psicóloga jurídica formada en el campo del derecho penal, casos de familia y violencia de género. Actualmente cursa Derecho y estudia francés y música: las dos últimas materias, porque son, a su entender, los lenguajes del alma; la primera, para contribuir en la lucha contra la injusticia.

El autor del siguiente cuento, Iván Cabrera Perdomo, nació en 1974 en la humilde casa de sus abuelos, en La Montaña de Gáldar, donde pasó los años jugando y leyendo chistes, hasta que un día le mandaron al colegio y, de ahí, al instituto del pueblo.

Confiesa que el instituto le gustó tanto que decidió quedarse tres años repitiendo el Segundo Curso de BUP, porque en esos años ya había empezado a corretear tras las muchachas y a jugar al fútbol. Incluso, de vez en cuando, asistía a clase. Hoy en día trabaja en una cadena de supermercados, después de haber ejercido los más diversos oficios. Mientras tanto, siguió corriendo tras las muchachas y buscando a una persona especial, con quien, por fortuna, parece haber encontrado la magia en los últimos tiempos. Su cuento "Como el humo de una hoguera" es la elíptica narración del miedo que contrasta con la sensación de bienestar y libertad que produce en un niño la cercanía de su balón de fútbol. Desvela, en mi opinión, una especial sensibilidad oculta tras la aparente sencillez del relato.

La puerta de un horno puede ser la puerta de una máquina del tiempo de ida y vuelta, y puede, además, simbolizar la felicidad completa y el más absoluto dolor. Así ocurre en el cuento "En el horno". Su autora es Mónica Pulido Martín, natural de Las Palmas de Gran Canaria y nacida en 1978. Pulido Martín es trabajadora social y antropóloga social y cultural, y está formada, además, en el ámbito de la Cooperación Internacional para el Desarrollo, aunque afirma sentir que sus habilidades se encuentran en pleno apogeo cuando pinta y restaura muebles. Además de sus destrezas como cuentista, es oportuno destacar aquí su figura como coordinadora de *Voces al tiempo*. Junto con Antonia Alduán (veterana directora de la Casa de Acogida del Cabildo Insular de Gran Canaria), fue ella quien diseñó esta actividad, quien convocó y formó el grupo, quien hizo de constante nexo de unión entre talleristas, administración y quien firma estas líneas. Ese taller, esas

jornadas intensivas de trabajo, así como este libro y el proyecto mismo del cual ambos forman parte, no hubieran sido posibles sin su incansable y siempre cordial esfuerzo, sin su inspiración y trabajo infatigables, que no han tenido en cuenta horarios intempestivos ni días feriados.

En "La bicicleta roja" es un juguete no deseado el que sirve como símbolo de la desconexión emocional paterno–filial. Sin embargo, su autora, María Belén Cabrera Perdomo, abre la puerta a la comprensión, la ternura e incluso el perdón como vía de liberación del dolor. Resulta interesante comparar este cuento con "Como el humo de la hoguera", escrito por su hermano: son dos versiones fieles a una misma realidad en la que el humor y el cariño de algunos familiares han contribuido a cerrar las cicatrices de los malos tiempos. Como su hermano, Belén Cabrera (nacida en Gáldar en 1972) comenzó pronto a trabajar y ejerció muchos oficios. Fue, sucesivamente, agricultora, limpiadora, dependienta de frutería, encuestadora y camarera. Pero a los 35 años comprendió que lo que realmente le interesaba era la infancia, y estudió Educación Infantil y Trabajo Social. En la actualidad, trabaja para una ONG como educadora de niños.

Beatriz Morera Miranda, nacida en 1982, prefirió dedicarse a la Filología Inglesa y hoy trabaja como profesora de inglés. Alterna su profesión con la actividad musical, ha sido integrante de diversos grupos, además de adherirse a varias asociaciones de lucha social. En su cuento "De sonrisas ocultas" esta narradora se viste de inocencia para contar desde una perspectiva infantil una historia en la que hay mucha amargura, pero también mucha solidaridad y esperanza.

La historia narrada en "La iglesia de mi vida" por Noemi Fernanda Cabali Santana (nacida en Las Palmas de Gran Canaria en 1985 pero de ascendencia cubana y filipina) remite a las historias de tantos canarios para quienes migraciones y retornos son terreno común. Ocurre, sin embargo, que a ella le tocó vivir de cerca, además de una ya de por sí amarga exposición a la violencia de género, unos hechos peculiarmente dolorosos. Hechos de los cuales, por suerte, pudo salir airosa, como ella misma cuenta, gracias a su disciplina y al incondicional apoyo de su madre. Así, no solo pudo realizar estudios superiores, sino alcanzar una estabilidad profesional y fundar una familia.

Estos son los cuentos y personas que quien lea podrá encontrar en *Voces al tiempo*, esos que forman el núcleo principal y el objeto de este volumen. Seis cuentos, seis miradas, seis memorias del dolor, seis personas que encaran el presente y el futuro con valor y sin ira, y han querido regalar a todos su experiencia para aportar su granito de arena en la lucha contra el Mal.

Voces al tiempo

Cuentos

Clichés velados

Amelie Lozano



—Haz la maleta, la más grande que encuentres, nos marchamos —dijo mi madre con voz temblorosa pero fondo firme.

Colgué el teléfono y obedecí a toda velocidad. No sabía de cuánto tiempo dispondría. Era consciente también de que ni en el equipaje más voluminoso habría cabido la vida que lastraba nuestras espaldas. Sus noches de desvelos entre sollozos, lamentos y rabia, y sus días interminables y amargos. Todo lo que a mis manos, de manera impulsiva, les daba por llevarse, a mi mente no le parecía lo más apropiado. Me preguntaba si acaso volveríamos a por los gatos y mi bicicleta plateada. ¡Ah!, ¿dónde demonios estaba la cámara de fotos?

Desde el balcón de mi dormitorio en la segunda planta escuché el motor de un coche llegando. Me asomé con cautela, esperando que mamá saliera de aquel taxi y me hiciera nuestra señal. Nadie más entendería todo aquello. Un segundo, dos, tres... Mis latidos se aceleraban y la presión ascendía desde mi pecho hasta la garganta. Pero de aquel Mercedes blanco impoluto solo se bajó él, con aquella mirada que creaba tinieblas hasta en el día radiante de tu propio cumpleaños.

—¿Qué haces ahí? ¿Adónde te crees que ibas con esa maleta, niña de mierda? ¡¿Esperabas a tu madre?! ¡Te vas a enterar...!

–gritó terminando de subir las escaleras.

Cierro los ojos un segundo más. Los clichés de las mil imágenes nunca disparadas por aquella cámara se desordenan en mi mente de forma instantánea. Baño, pestillo, golpes, mamá, gritos, llaves, policía, reloj, ambulancia. Me siento como si el sol se hubiera puesto y no hubiera amanecido en varios días.

Abro los ojos, ya casi es mi turno. Llevo puesto un vestido de raso, color rosa palo en la parte inferior y blanco roto fruncido en la superior. El escote es de palabra de honor y los dos colores quedan divididos a la altura de la cintura por un ancho lazo negro, de esos que solo te pones si eres la anfitriona de una ocasión importante. Esta lo era. El lazo podía ser todo lo considerable que quisiera. Con las prisas, se me olvidaron los pendientes de la tía en la repisa del baño y los zapatos altos negros me quedaban algo grandes. No puedo resbalar, hoy no, les repetía a mis pies entusiasmados.

Aparecen dos fotos en una gran pantalla rodeada de un salón lleno de flores, corbatas y tacones. A la izquierda, una niña de unos ocho años abraza a un peluche en forma de perro dálmata. A la derecha, una chica con una camisa blanca de cuello, corbata negra y banda color violeta sobre los hombros. Las dos sonríen, pero solo una de ellas es genuinamente feliz. Una señora rubia con traje rojo y beca color tabaco sentada tres asientos a mi izquierda, a la cual no conocía en absoluto, me mira y comenta efusivamente:

–¡Ay, qué linda! ¿Esa niña tan feliz eres tú? –sonríe exagerada.

Asiento, sonrío, me levanto. Llegó mi hora. No te tropieces, me digo. Desfilo y recojo el supuesto título enrollado en una diminuta cinta violeta de la mano de mi director, mientras otros cuatro profesores ilustres me dan la enhorabuena bastante animados. Busco a mis once personas en aquella sala repleta. Les hago un gesto de triunfo mientras el periodista saca una fotografía para la revista del periódico local. Abuela lleva el abrigo glamuroso para ocasiones especiales, parece una duquesa. Mi familia y amigos están expectantes y aplauden como nunca, a alguno se le escapa una lagrimilla de la emoción. Mamá saca vídeos sin parar con la cámara de fotos. Es también por ellos, me digo. La dueña del falso dálmata sabía desde pequeña que quería elegir su vida, su independencia, su libertad. No deseaba repetir patrones ni roles ni composiciones sociales de pareja vividos en casa. Quería marcar sus tiempos y sus ritmos mientras con sus pinceles dibujaba su camino. Sería la dueña de su balanza y justamente haría balance al reflexionar sobre la propia vida.

En el brindis, las copas chocan con energía propia y las fotos se disparan solas. Quien conoce mi recorrido sabe que el evento no se limita a un mero acto académico disfrazado de logros, sino a muchísimo más.

Caminamos por las calles de Vegueta, paseamos por delante de balcones y puertas de madera, donde sus fachadas, entre colores y escudos, son inconfundibles. Llegamos a la plaza de Santa Ana. Me vienen a la mente el DEMA[1] y la Casa de Acogida

1 Acrónimo de Dispositivo de Emergencia para Mujeres Agredidas, servicio de atención inmediata para mujeres víctimas de violencia.

y lo bien que dormía cuando llegamos allí tras tantas noches sin cerrar los ojos en la opacidad del tictac. Es como cuando te soplan sobre las heridas y sabes que luego cicatrizarán. Comenzó todo como una pesadilla y hoy se había convertido en un sueño hecho realidad: encontrar la paz y la alegría que nunca tuvimos.

—¡Un recuerdo más! —dice mi amiga Isa, disparando el flash de la cámara al pasar junto a los perros fingidamente canarios situados enfrente de la Catedral. Aunque siempre permanecen inmóviles nos recuerdan el paso del tiempo, ya sea aquí o en la Iglesia de Saint George de Londres.

—¿Y ahora qué harás? —me dice Luis, mientras pone en marcha el motor.

—Terminar el máster y volver de Valencia, que no es moco de pavo —digo con tono risueño— y esperar a que los tiempos mejoren y nos hagamos tú y yo ricos y famosos en el mundo profesional. —Reímos a carcajadas—. Nadie dijo que esta vida fuera fácil. Por eso la valoro tanto y tú lo sabes.

—Ha sido un gran día. Te llevo a casa a descansar —me dice mientras me guiña un ojo. O eso creo, porque todo está oscuro y solo le veo de perfil. Me parece tan niño y tan hombre a la vez...

Las farolas orientan el camino a casa. Ni me sobra ni me falta nada. Veo pasar a velocidad la avenida marítima. Acostumbrada a tempestades pasadas, el mar en calma ahora me parece un auténtico regalo. Supongo que necesito sacar de todo algo personal, no sé si de forma inconsciente. Aprendí muy pronto a intentar rechazar como inútil lo que no contribuyera a mi bienestar. Me decía mi padre que yo siempre era de

Ni me sobra ni me falta nada



temperamento más artístico que sentimental, pero yo siempre busco emociones en cada paisaje.

—Gracias por venir. Te veo el lunes antes de irme —le digo, abriendo la puerta torpemente, con los zapatos en una mano y el bolso, el *foulard* y la beca en la otra.

Me tropiezo al salir, al enrollarme sin querer con la tira de fieltro malva que horas antes habitaba sobre mis hombros decentemente. Qué torpe soy, me reprocho. Definitivamente las copas de más han hecho su efecto y mis pies pretenden rebelarse después de un día sometidos a intenso control.

—¡Ja, ja, ja, madre mía! —se burla Luis, que en cuestión de segundos se ha bajado del coche y me está levantando como a una niña pequeña del suelo. Recogemos el desastre de objetos desparramados en el portal de mi casa. Nos miramos demasiado cerca. Me roza la barbilla con su mano y se me eriza la piel de forma automática. Se acerca aún más y me besa tiernamente. Se para el tiempo.

Me aproximo para entrar en casa, mi yo interior está dando saltos de felicidad.

—¡Espera! —grita Luis. Coge del asiento del copiloto algo que me he debido de dejar y lo saca por la ventanilla. —¡Mi cámara! ¡Siempre se quiere quedar atrás! ¡Gracias! —La cojo y la acaricio, y con ella rozo todos y cada uno de los momentos claroscuros y velados de mi historia. Los guardo en su interior de forma encubierta. Delineo a lo lejos nuevas utopías y proyectos con la ambición con la que un niño sopla las velas, al pedir un deseo, en el día de su cumpleaños.

Como el humo de una hoguera

Iván Cabrera Perdomo



Escuchamos que llega en su coche, todos asustados y callados.

Solo con oírlo aparcar, sabemos cómo viene.

Cuando entra, el olor a alcohol invade la casa. Mi madre, sin hablar, seria, con el miedo en la cara, le pone de comer. Mi padre, al instante, despierta a todo el barrio con sus gritos que desprecian la comida. El que hable, se la lleva.

Pregunta por mí, me llama. Me levanto de mi cama y acudo ante él. Me pregunta a voces: ¿Qué estás haciendo, que no se escuchaba nada?, seguro que algo malo, dice.

Contesto que eso no es cierto, que estaba acostado. Me pega, grita que me calle, si él dice negro, aunque yo vea que es blanco, se dice que es negro.

Mi hermana llora, le ruega que no me pegue. Es su niña, y consigue amansar la fiera. Mi madre le suplica que me deje tranquilo, le dice que me he portado bien. Mientras se vuelve hacia ella, la insulta con palabrotas que jamás escuché, la agrede con mucha violencia. Nos quedamos paralizados.

Salgo en su ayuda y le hago frente. Con más miedo que valor. Pobre de mí. Golpea en mi cuerpecito, sin control. Como echando hacia fuera toda la rabia que lleva en su ser.

Llorando, con miedo de que le toque a ella, mi hermana se encierra en la habitación. Mamá, con temblorosa y suave voz, intenta calmarlo, y él, con aire de dictador, me manda a la cama sin cenar.

Me voy a mi habitación, dolorido, más en mi cabeza que por sus pesados brazos contra mi cuerpo. ¿Qué he hecho mal?, ¿por qué me grita y me golpea? Me acuesto en la cama, sin hacer ruido ni mover un pelo, rogando a Dios que se quede dormido sin más escándalos ni peleas.

Busco y abrazo al amigo, mi balón. Con él me siento seguro y vuelo. Imagino que estoy lejos, pasándomelo pipa, sin miedo, sin preocupaciones.

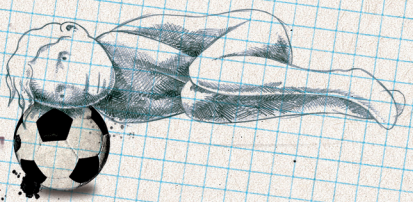
Pero no puedo llegar a apagar mi cabeza, pienso en cómo una persona que se supone que te quiere puede cambiar tanto, como la mar: un día en calma, como un plato; y al rato, brava, violenta, capaz de revolcarte sin piedad.

Recuerdo lo felices que éramos todos el primer día que me encontré con el balón. Ese día mi hermana y yo nos levantamos temprano, antes de que saliera el sol. Despertamos a mis padres. ¡Vaya ilusión me hizo!, al verlo al lado de mi zapato, el Día de Reyes, junto con la ropa de Arconada, ¡tremendo porterazo!

Ese balón llegó a ser mi gran amigo. Con él me refugiaba jugando, buscando niños con quienes compartirlo, para conocer amigos, vivir aventuras, salir de mi dura realidad.

Me pasaba tardes enteras, jugando al fútbol en la calle, o iba a la cancha La Pedrera. Ahí conocí a todos los niños del barrio. Entre pelotazos y paradones, despejaba mi mente.

La Pedrera
La Pedrera
La Pedrera



Cuando estaba entretenido jugando, de pronto oía su silbido. Entonces volvía de golpe a la vida real. Me quedaba paralizado, el miedo se agarraba a mí, mi corazón rebuznaba, a punto de salírseme por la boca. Corría a casa, con todas mis ganas. La ropa sucia y las piernas llenas de arañazos, de jugar entusiasmado.

Llegaba hasta papá, con la cabeza baja, pensando que había hecho mal. Y él me pegaba por llegar tarde, o por algo que había hecho o no. Pero él no podía controlar mi imaginación. Mientras me gritaba, yo pensaba que era Maradona, marcando gol, ganando el partido.

Cualquier cosa que me ayudara a no pensar en el ahora.

Yo entraba a casa, olía a sufrimiento: todos trincados, temiendo lo que iba a pasar; nadie decía nada. Él se echaba su whisky, y empezaba a meterse con todos otra vez. Yo lloraba desconsolado, abrazado al balón.

Un día mi madre no pudo más. Gracias a personas que la ayudaron, dándole información, apoyándola o simplemente escuchándola. Tomó la más dura y mejor decisión de su vida. Lo dejó, se marchó de casa. Dejando atrás con lágrimas y muchas penas a sus queridos hijos.

Necesitaba estar bien. Tomar fuerza y confianza para poder luchar y conseguir estar con sus hijos. Mi hermana, al poco tiempo, tampoco aguantó, y se fue a vivir con mi abuela. Yo no quise irme: quería jugar con mi amado balón, en mi calle, al lado de los amigos que hice gracias a él.

Una mañana, tras una dura noche con mi padre, sus llantos me despertaron, y lo escuché hablar. Decía que, con

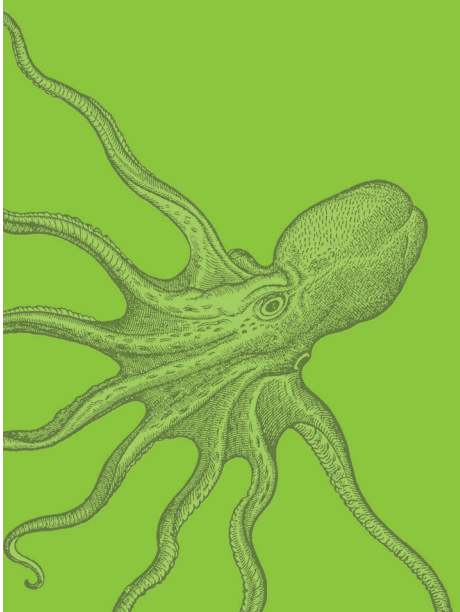
la infancia dura que había tenido, cómo era capaz de llegar a esos extremos y hacernos tanto daño. Me daba pena, a pesar de todo. Pero ese pensamiento se le esfumaba, como el humo de una hoguera, en el momento que empezaba a beber.

Recuerdo que cuando él no estaba, y mi balón no me hablaba, me sentía solo. Iba a casa de mi abuela y allí, con mi tía, pasaba la tarde viendo la tele, leyendo chistes, comiendo golosinas, jugando con el gato. Al final, terminaba acostado junto a mi abuela. Mientras ella me rascaba la cabeza, se marchaban mi malos ratos y volvía a ser feliz.

Me llamaban desde la calle los amigos para que sacara el balón. Salía corriendo a jugar con ellos, privado como aquel día en que me encontré con él. Cuando la noche me atrapaba, salía corriendo, llegaba a casa, me acostaba y el cansancio me derrotaba. Caía en brazos del sueño, evitando el dolor del hogar.

En el horno

Mónica Pulido Martín



Todo debería estar ya listo pero voy a destiempo. Creo que no me he organizado bien y esto es un desbarajuste. Tremendo jaleo este.

—No desesperes, *miña* reina —dijo en un intento por calmar mi desesperación.

—¿Cómo que no me desespere? Mira el lío que tengo montado, a mí sola se me ocurre meterme en este jaleo —respondí más angustiada a medida que hablaba.

—Es que te complicas demasiado, ¿prefieres que haga una reserva en algún sitio rico y nos ahorramos el trabajo? —preguntó Mingos.

—¡Qué va! Si es que me hace mucha ilusión, yo sigo —protesté.

—Me parece muy bien, meto el vino en la nevera —confirmó.

Agüíta, mi gata, no pierde la oportunidad y se cuela entre las piernas de cualquiera que lleve comida y trajine con pescado. Bato claras de huevo, troceo tomate y rúcula, y echo aceite sin medir y pellizco la sal a destiempo. Me encanta trastear en la cocina, me relaja preparar platillos inventados, adoro este jaleo. Es una de las pocas concesiones que doy a las tareas de la casa. Eso y tender la ropa. Es divertido andar entre los fogones, por decirlo de alguna manera, pues ya

no es normal ver fuego en las cocinas, ahora se calienta el sancocho con llamas virtuales, rojas como ciruelas maduras, que no tienen el peligro de las llamas de los hornos de gas. Precalentar el horno a 120º.

Y así permanecimos un rato: yo sentada en cuclillas al lado de su cuerpo, un cuerpo que no estaba muerto, un cuerpo vivo que pedía ayuda; y ella, una persona extraña que no era mi madre, era una madre desdibujada, casi en blanco y negro, difuminada contra las piezas del suelo de la cocina, una sombrita de sí misma. Una madre que pedía ayuda en silencio desde el fondo de su propia voluntad, a gritos suaves y con sollozos salados.

Estoy junto a ella, pero también soy yo esa que se ve reflejada en el cristal del horno, en el que veo una niña pequeña con un camisón de florecillas azules. La chupa, que cuelga amarrada a un lazo como un zafiro de plástico mordido, chupado y arrugado, distorsiona la dureza de la imagen. Y en el suelo está mi madre, tendida con los ojos cerrados y los puños apretados. Me ruega que llame a la vecina y que le pida ayuda. Pero yo tengo dos años y no llego a la manecilla de la puerta para abrirla. Me miro los dedos de los pies porque me da vergüenza no saber abrir la puerta, pero yo quiero hacerlo. Aunque estuviera, sé que no podría pedírselo a mi padre. Nadie me lo ha dicho pero *yo lo sé*.

—¿Qué te pasa, mami? —pregunté—. ¿Estás malita?

—No, mi niña, estoy bien —mintió, incorporándose y apoyando la espalda contra los muebles de la cocina—. Tengo fatiguita, nada más. Ya se me pasa, ¿lo ves?

—¿Llamo a Carmen? La puerta está cerrada.

—No, no hace falta mi niña, ya estoy mejor.

Pues claro que no estás mejor, ¿cómo se mejora uno de esto? Observo su cara pero no noto nada diferente, el color ha vuelto a su cuerpo y tiene mayor parecido a mi madre de siempre. No tiene un ojo morado, tampoco tiene heridas, pero alguien acaba de robarnos la tranquilidad para casi siempre. Y fue la primera traición, la primera de las gotas que con el tiempo superarían la capacidad del vaso. Gotas de traición, dolor, vergüenza y miedo.

Tras esto, ¿cómo se reincorpora una a la vida? Yo no lo recuerdo, pero imagino que hay que ponerse de pie, sacudirse el polvo de la ropa al tiempo que se espanta al dolor, se acomoda la chupa en la boca y se pone cara de "aquí no ha pasado nada, ¡dispérsense!". Pero antes un sana-sana, culito de rana, claro.

Y suena la cerradura y hay que dispersarse, ahora de verdad. Se hace necesario, por cuestión de supervivencia, ahorrarle la vergüenza que se quedó pegada al cristal del horno y a las piezas del suelo de la cocina. Y así se pone en marcha una representación teatral que con el tiempo quedará perfectamente afinada, la rutina se establece en la casa, inundándola de olor a detergente para la lavadora y a lápices Alpino. Él regresa con un regalo muy caro e inútil que simboliza la necesidad de perdón, pero no es capaz de poner palabras a su sentimiento. Así que nada sana, todo queda irremediablemente roto.

No es sencillo guardar silencio durante mucho tiempo, así que tarde o temprano se repetía la misma conversación con amigas o con primas.

—¿Cómo es posible que no veas que te está matando? –dijo Antonia, una amiga de mi madre.

—¡Cállate, que no es para tanto! No sabe pedir perdón de otra manera –replicó airada mi madre.

—Con estas cosas no hay perdón que valga. Él por su camino y tú por el tuyo, por muy doloroso que sea tomar la decisión –casi gritó Nati.

—Tú lo ves todo muy sencillo, porque no tienes una hija que depende de ti. –Se llevó triste la mano a la cara–. ¿Se me nota mucho?

—¿Qué debería notarse? ¿Preferirías tener una costilla rota? ¿El labio partido? No hay peros, hay una vida por delante y te debes respeto, Rosa –argumentó Antonia.

—Mira, tú no comprendes cómo son estas cosas. No debí provocar la situación, con la boca cerrada estoy más guapa –zanjó mi madre.

—Eso que acabas de decir es una soberana tontería. Así es como te quiere, calladita y sumisa, sin dar problemas –sentenció mi abuela.

El ritmo de la vida quedaba marcado por *sus* horarios de trabajo. Yo pertenezco a una generación cuyos padres todavía tenían oportunidades laborales y las casas en las que vivíamos no se pagaban con hipoteca, así que cabría esperar que la realidad fuera infinitamente más simple que

hoy. Sin embargo, las dificultades diarias, al menos en mi casa, parecían ser un truco de distracción hábilmente creado por mi padre. Era imposible predecir qué le molestaría, qué le haría feliz o qué haría que su tapa del sentido explotara provocando innumerables daños colaterales. Así que mi madre y yo levitábamos por el pasillo para no molestar con el ruido de los pasos, yo sabía jugar con las manos cubiertas de algodón y mi madre aprendió a cortar la cebolla con el tamaño justo, de modo que no fuera ni demasiado grande ni ridículamente pequeña. La vida era entonces como el uso de un pasapurés: tras un par de vueltas de la cuchilla rebanadora, el sabor permanecía, pero no podía apreciarse, ni al tacto ni a la vista, pedazo alguno de realidad.

Y así como el ritmo de la vida quedaba marcado por los horarios del trabajo de mi padre, el pistoletazo de salida venía determinado por el ruido de la cerradura, que indicaba que había llegado a casa, que se acababa la tranquilidad y comenzaba la farsa, la comparsa de la familia feliz. No sé de qué manera describir la sensación que provocaba la cerradura: un brinco en la panza, un escalofrío y el análisis consciente de cada detalle. Primero se escucha el ruido deslizante y suave que produce la llave al entrar en la ranura. Después, un chasquido al girar la pieza en el tambor, luego la sacudida de la puerta al sentirse libre de la primera vuelta de llave para terminar con el crujido de la madera al batir como las alas de un pájaro encerrado. Y el portazo. La secuencia de estos sonidos era un indicador del ánimo con el que llegaba mi padre del trabajo: si la llave giraba demasiado rápido en el

bombín, mala cosa. Cuando esta se deslizaba con suavidad se podía augurar tranquilidad. En caso de que la puerta se estremeciera al liberarse de la primera vuelta de cerradura o hubiera un portazo, yo ya tenía claro que ese día era preciso ser sigilosa como una serpiente asustada, silenciosa como una bola de algodón y sumisa como un perro. Aunque para mí fuera normal discriminar el ánimo de la cerradura, es obvio que en algún lugar de mi cabeza debió de desarrollarse una sensibilidad especial. Pasado el tiempo he conseguido localizar esa sensibilidad en la yema de los dedos como un radar que detecta vibraciones imperceptibles.

Esta capacidad para percibir detalles de la realidad relevantes pero imperceptibles a los ojos y los oídos se desarrolló a medida que se hacía necesario huir de pequeños terremotos domésticos. Y fui entrenada con disciplina marcial al efecto. Cada semana recibía un pequeño libro de cuentos ilustrados, un cómic, un tebeo, un da igual. Yo los llamaba cuentos y los disfrutaba incluso antes de aprender a leer. La lectura fue una escapatoria, una manera de vivir paralelamente, un inmenso regalo que me ayudó a comprender que no hay nada normal, que detrás de cada cosa hay múltiples ojos que la ven de manera diferente, aunque tal vez sería más apropiado decir que diversa, y que detrás de lo cotidiano hay música y magia, burbujas y melodía. Llevaba mis libros y mis cuentos a todas partes: a la guardería, a la casa de mi mejor amigo Domingo, al médico. Recuerdo un día concreto, en la sala de espera de alergología de la Clínica del Pino. Yo estaba sentada en una fila de asientos de plástico, cerca de un gran cenicero rebosante de

colillas. Llevaba una falda escocesa de color verde, rojo y negro, de esas con tablas y dos hebillas de cuero y metal en la cadera, un polo de punto blanco, leotardos y unos zapatos kickers con tira en el empeine. Balanceaba las piernas que colgaban sin alcanzar el suelo, de chica que era, mientras sostenía entre las manos un cuento del Tío Gilito. Observaba con detenimiento cada página e iba narrando una historia sin mucho sentido.

—¡Ay, qué graciosa la niña! ¿Qué edad tiene? ¡Tan chica y ya sabe leer! —dijo una señora observadora.

—Tiene tres años, pero no sabe —contestó con orgullo mi madre—. Ella mira las imágenes y se inventa una historia. También es posible que recuerde algo del cuento porque me pide una y otra vez que se lo lea.

Parte del mismo entrenamiento consistía en fingir que era adulta, que debía comportarme con la misma seriedad y aburrimiento fingido que los mayores. Un día fresco de invierno llegamos a El Herreño, el restaurante de Vegueta, me encaramé a la banqueta de la barra, me ajusté la rebeca rosa de angora con las manos e hice mi pedido al camarero: "Para mí un coñac, por favor". Me sirvió, amable y divertido, un Kas de naranja en una copa de balón, pero eso es lo de menos. Pasé el resto de la noche observando los botones de mi rebeca, transparentes como caramelos, como si ambos lados de la prenda se sujetaran de pegajosos que eran. No tengo hermanos, así que por única compañía, el Tío Gilito y la mirada cómplice de los camareros.

Mientras tanto la vida, como un ciempiés, seguía su paso. Ir al colegio, hablar inglés como si fuera de Kentucky, ponerse

mala de gripe y de sarampión, nadar en el mar, perderse en la playa, partirse la crisma unas cuantas veces, curarse las heridas de la rodilla con saliva, ser la *raíña* de las *bolboretas*, perseguir dragones, explorar casas encantadas, ordeñar cabras y hacer queso fresco, patinar como una loca, subir sola en el ascensor por primera vez, correr con antorchas en las manos, comprar cajas de fósforos, soplar velas en mi cumpleaños y en los de los demás también, inventarse ser veterinaria. Pero sobre todo "estudiar, mamá, tener buenas notas para sacarte de aquí cuando consiga un buen trabajo y tener un gatito, ¿puede ser?".

No llegué a contarlas, pero muchas veces fantaseé con la idea de cómo sería mi vida sin miedo y sin angustia, sin gritos ni conversaciones sofocadas y a media voz, sin largos periodos en los que yo debía ejercer de intermediaria para llevar y traer recados porque ellos no se atrevían o no sabían ya dirigirse la palabra. Tras muchas idas y venidas, ya no creía que ese deseo pudiera convertirse en realidad.

Hace demasiado tiempo que comprendí los mecanismos oscuros que utiliza el terror. El miedo se comporta como un pulpo, extendiendo unos brazos gelatinosos hasta abrazar la voluntad y ahogarla. Hasta comerse la identidad y vomitar la autonomía. Se comporta el temor como un pulpo ya que también está lleno de ventosas, enormes o minúsculas, siempre a punto para no dejar escapar a su presa, con una boca oscura con capacidad para machacar la ilusión y desmembrarla. Pero, sobre todo, posee una estructura sin huesos, blanda, pegajosa y flexible para plegarse a la macabra voluntad de quien ejerce el terror.

—A ver, mamá, no salgas así de casa, píntate los morretes aunque sea —dije.

—No estoy de humor, Moniquilla, bajo a comprar aguacates para la ensalada —respondió.

—Ponte esta camisa mía, que seguro que te queda bien, ¿te gusta? —pregunté.

—No lo sé —tardó demasiado en decir.

Somos el resultado de la interacción de lo positivo y lo negativo, de lo duro y lo amable, de la luz y de las sombras, de la ironía y las sonrisas. La vida pasa y los ojos cambiaron, y se hicieron más grandes y brillantes y más negros y más libres. Y los ojos pudieron ver y pudieron decir que veían.

Hoy recuerdo esto mientras organizo la cena de esta noche. Casi está todo listo: el vino blanco en la nevera, la ensalada y el pan en la mesa, los platos y cubiertos en su sitio; falta una copa, se suma una más. Suena la llave en la cerradura y Paquito, la cotorra, chilla enloquecido: "Paquitominiño, iven!", iniciando el ritual de cada día al llegar un nuevo padre que me he buscado. Evidentemente, no el padre que *es*, sino el padre que *está*. Saluda apresurado con una sonrisa sanadora y corre a compartir una galleta con Paquito, como cada día que viene a casa. Ahora que ya estamos todos solamente queda por comprobar que el postre esté listo. Y vaya si lo está.

Me habían dado una receta de suspiros, ese postre de aire delicioso y limón picante. Así que yo batí mis claras a punto de nieve con una pizca de sal, aromaticé como se indicaba, formé con la manga pastelera unas bolitas retorcidas

que coloqué sobre papel en la bandeja, y metí las montañitas azucaradas en el horno. De sesenta a ochenta minutos con una temperatura de ciento veinte grados. En la cocina soy anárquica y desmemoriada, así que la repostería se me da muy mal porque confundo los minutos con los grados de cocción y la paciencia con las ganas de inventar. Algo debió salir mal porque, al asomarme a la puerta del horno, lo que encontré no tenía nada que ver con lo previsto. Mi madre vino a mi llamada de auxilio y ambas miramos el resultado dentro del electrodoméstico: unos pegotes negros escachados contra la bandeja del horno rezumando un liquidillo transparente que borboteaba por el calor. "¡Qué desastre, mi hija!", resumió. Yo había anunciado a bombo y platillo que ese día habría un postre especial de celebración, que lo haría en casa y sería dulce y ligero, y lo que tenía eran trozos de lava burbujeante muy poco apetecibles. Me senté en el suelo a observar los suspiros, todavía sobre su papel de hornear en la bandeja mientras trataba de encontrar una solución al desastre, muy concentrada, como si tratara de encontrar en el fondo del horno la respuesta a alguna pregunta trascendental. Mi madre se sentó a mi lado, supongo que movida por la curiosidad que le generó mi actitud. Nos miramos con dulzura, toda la que le faltó a la cocción de los suspiros, y rompimos a reír.



La bicicleta roja

María Belén Cabrera Perdomo



Día de Reyes, unos doce años. La de mi hermano, azul; la mía, roja. Él contento; mi padre aún mas. Yo desconcertada; mi madre triste. Me mira, lloro y la tristeza invade ese día tan especial.

Años más tarde, la misma historia se repite, pero con una moto, esa moto grande. Si ya antes no quería bici y nunca supe llevarla, imagina lo que yo quería esa moto. ¡Ni siquiera llegaba al suelo! Impensable. Mi hermano y él contentos como cuando la bici. No entendía por qué me hacía eso, se supone que era su niña bonita, se supone que me trataba mejor a mí, eso decían, bueno eso decía mi madre, todo porque encontré una manera de sobrevivir: llorar llorar y llorar. Parece que de esta manera le daba un poco de lástima y era más breve en su ataque. En fin, esa crueldad unida a tanta belleza, es lo que me pone nostálgica hoy día. A pesar de todo, el Día de Reyes me encanta, disfruto regalando, mi madre dice que tengo un agujero en las manos, que todo lo doy. Me gusta dedicar mi tiempo a buscar lo que los demás quisieran o les gustaría. Vamos, lo que no hicieron conmigo esos años de bicis y motos sin montar.

Hay personas que al saber mi historia me preguntan cómo es posible que la cuente así, con alegría, con humor, de otra manera hubiera sido imposible contarla, no se hubiera contado

nunca, pero es lo que heredé de él, ese don por sacarnos la risa aunque nos tuviera amenazados, en tensión, alerta ante su tono de voz, su manera de silbarnos al llamarnos, sus acelerones al aparcar el coche en la puerta cuando llegaba a casa. Mi padre tenía esos poderes: era un buen y un mal hombre, pero todo a la vez. Con el tiempo tras pensar mucho sobre ello le he llegado a tener lastima, a comprenderlo, era un alma perdida, su infancia fue mucho más atroz que la de sus hijos. A mí me salvó mi madre, me salvó de esa manera de vivir o mejor dicho de subsistir, eran muchos años ya, no se podía soportar. Cuando yo tenía dieciocho años recién cumplidos, ella por fin lo hizo, lo denunció. Llegó ese día que desde que tengo uso de razón ansiaba y temía a la vez: toca la Guardia Civil a mi puerta, entrega la denuncia y se van, nos dejan solos. No reacciona tan mal: "solo" echa a mi madre, no la deja llevarse nada. Nosotros callados, en silencio. Miedo, mucho miedo. Silencio, negro y oscuro silencio, dudas, preguntas sin responder. En ese tiempo, mi hermano y yo estuvimos solos con él. Se respiraba tristeza, era imposible hablar. Fue un tiempo de amenazas:

—Como testifiques en mi contra ya no serás mi hija, te irás de aquí.

Y eso fue lo que pasó, testifiqué y me fui, claro está, cuatro casas más abajo.

Pasa un tiempo y podemos ver a mi madre a escondidas, está delgada, amarilla, ojerosa, cansada, muy cansada. Nos comenta que vive en una Casa de Acogida, que la están ayudando hasta que el juicio salga. Imagino que por nuestra

edad éramos muy mayores para poder irnos con ella. Nosotros a seguir aguantando, a llevar luz a esa casa vacía. El juez se la da. Mi padre tiene que irse. Mi madre vuelve, no es la misma. Está destrozada, hundida, pero es valiente, siempre lo ha sido, lucha primero por sus hijos, por su dignidad, sigue luchando por ella misma, por fin se lo cree, cree en ella, cree que es una persona, una mujer con derecho a vivir.

Yo, como tocada, tocada por una varita mágica que te marca de por vida. Esa infancia que, aunque dura, también tuvo sus partes bonitas, refugiada siempre o en la calle, o en casa de amigas, en cualquier sitio menos en mi casa. No quería estar allí, me recordaba a lo distintos que éramos de esos otros hogares que yo conocía. Yo no quería ser distinta, quería ser una niña normal, con un padre y una madre que se quieren y respetan, un hermano cercano, salir de paseo tranquilamente sin temer un arranque violento en cualquier sitio. En tu casa nadie te veía; en la calle pasabas vergüenza, vergüenza de esa realidad, de que lo vieran los demás. Los tres hacíamos lo imposible porque eso no pasara, pero pasa, no se sabe ni por qué ni cómo, ni qué dije ni qué hice.

A pesar de todo nos reíamos mucho y eso nos salvó, nos salvó de no deprimirnos en nuestras miserias, de querer, aprender, conocer, huir, desaparecer y querer volver.

Hubo días maravillosos antes de los seis años, cuando vivía cuatro casas más abajo, con mi abuela y mis ocho tíos, eso sí que eran Navidades, las que ansío siempre año tras año, todos alegres juntos cantando villancicos sentados en corro sobre la cama en la habitación de “las chiquillas”.

Me refugiaba por aquel entonces en mi abuela Carmen, recuerdo su cuerpo grande, cantándonos aquello de "Estaba el señor don gato..." para que nos durmiéramos la siesta. Con una mano abrazaba a mi hermano y con la otra a mí. Ese cariño inmenso que solo regalan las abuelas, esa mujer que leía y lee muchísimo, esas novelas de Corín Tellado, que con el tiempo releíamos mi tía pequeña y yo. Cuánto daño hicieron: por la tal Corín resulta que soy una romántica empedernida, que por su culpa me he llevado unos cuantos palos, y por culpa de mi abuela todo lo leo.

Esas Navidades sin muchos regalos, pero unidos. Quisiera volver a sentir ese calor. Hoy día me empeño tanto en buscarlo que sufro, exactamente igual que sufrí esas navidades fatídicas, cuando mi padre decide que nos mudamos cuatro casas más arriba, nos vamos los tres con él; cuando él dice, él manda, yo tan pequeña pero notando ya que aquello no pintaba bien, no iba a ser bueno para nadie, hoy noto esa misma tristeza sin saber por qué, intuyo sufrimiento, no quiero ir, me refugio siempre lejos, pero tengo que volver, no lo quiero enfadar.

Mis tíos también me ayudaron mucho, al tenerlos cerca, eran mi tabla de salvación, no estaba absolutamente sola, ellos fueron mis referentes, me enseñaron a jugar, a cantar, a leer. Con ellos aprendí que hay personas buenas, que te quieren sin dañarte, que a eso se le llama amor y que eso es lo normal: mis dos tías, una se empeñaba en que no dejara de ser rubia con sus potingues de agua oxigenada (hoy día lo sigue intentado, es mi peluquera); la otra reivindicativa, feminista, justa; ellos gamberros divertidos. Normal que yo sea como soy,



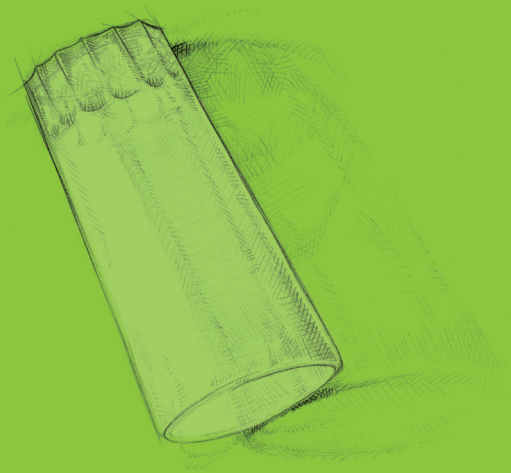


CASAS MÁS ABAJO

un poquito de todos, de toda esa gente que ha pincelado de color mi vida: valiente como mi madre, fiestera como mis tíos, trabajadora, divertida, responsable, sabiendo que hay que reír en la adversidad, reírse de uno mismo, reírse con los demás, y dar gracias a mi vida, a que todo lo que me ha pasado ha contribuido a hacerme así. Soy así, no puedo ni quiero ser de otra forma. Algún día lograré llevar esa bici roja. Lograré equilibrar mi vida. No tendré miedo a las caídas, y seguramente buscaré otro miedo que superar.

De sonrisas ocultas

Beatriz Morera Miranda



Mamá guardaba siempre la pegatina con forma de sonrisa en la última habitación de la casa. Pero eso no lo supe hasta mucho tiempo después. Al principio creía que era su sonrisa de verdad. Incluso se le hacían unas arruguitas en la cara y en los ojillos. Cuando no las tenía me quedaba desconcertada porque las arruguitas seguían siendo las mismas pero sin sonreír. Pero eso era solo un momento. Cuando había una discusión fuerte o se ponía tan nerviosa que no podía parar de llorar. Enseguida ella iba a su cuarto y ya salía con su sonrisa. Un día decidí que iba a hacer que mamá sonriera de verdad. Pero, como dije antes, tardé un poco más en darme cuenta de su secreto.

Mamá nunca se ponía cremas y apenas se cuidaba. Yo siempre buscaba aquel tarro de cristal satinado con tapa rosa que olía tan bien y que estaba deseando ponerme yo. Yo me entretenía poniéndoselas a ella. Una de las muchas tardes en que le pedía que se acostara en mi regazo para extenderle la crema le dije:

—Mamá, estas arruguitas que tienes de reírte te las voy a quitar.

A mamá se le llenaron los ojos de lágrimas y se le endureció la mirada, incapaz de estar acorde con la pegatina que yacía sobre su boca. De repente, con una amargura que yo no podía entender, mi madre replicó:

—Y de llorar, mi hija. Y de llorar.

A partir de entonces algo cambió dentro de mí. ¿Por qué lloraba mamá? ¿Por qué parecía que su boca decía que estaba bien y sus ojos pedían socorro? Empecé a hacer una recopilación de hechos inauditos. Papá le decía a mamá que no valía nada y que estaba sola en este mundo. Que sin él no era nadie. Nunca entendía por qué decía eso si sabía que nos tenía a nosotros. La verdad es que él sí que la dejaba muchas veces sola. Aún así, en esos momentos, ella sonreía. Empezaron a repetirse las situaciones en que mamá estaba muy triste, sorprendentemente. Aunque ella siempre decía que eso no era así. Era la reina de la estrategia de darle la vuelta a las cosas y hacer que no nos enteráramos de nada. Había veces que la estrategia no funcionaba. Sobre todo cuando íbamos en coche. Después entendí que ahí no hay sitio para esconderse. Mamá lo odiaba y yo también empecé a odiar el coche. Me aterrorizaba cuando se escuchaba el motor acelerando. Papá siempre bebía mucho, pese a que repetía que él lo dejaba cuando quisiera. Muchas veces mamá no paraba de gritar, rogándole que nos dejara salir del coche. Antes no había cinturones en todos los coches. Mamá estiraba la mano hacia atrás y hacía un gesto como de protegernos por si había algún accidente. Yo hacía lo mismo. Era muy difícil taparme los oídos para dejar de escuchar todo. Me inventé una manera de apoyar la cabeza en un saliente de la puerta para taparme un oído, con una mano me tapaba el otro y con el brazo que me quedaba protegía a mis hermanos. Cerraba los ojos y cantaba la canción de mis dibujos japoneses favoritos que yo sabía dibujar muy bien.

A medida que pasaba el tiempo una tristeza muy grande se apoderaba de mí. Intenté que las cosas fueran a mejor, pero todo era en vano. Él siempre estaba borracho y nunca me hacía caso. Siempre se metía conmigo. Intuía que no le gustaba que entendiera tanto a mamá. Después lo quería arreglar con regalos. Yo le decía que me encantaban pero que yo quería otra cosa: que cambiara. Sin embargo, él solo seguía poniendo triste a mamá.

Y a mí.

Y a todos.

Incluso dejé de abrirle la puerta a Susana. Después de insistir tanto para que su mamá la dejara venir a casa a jugar a las muñecas, fingía que no había nadie en casa. Esto ocurrió varias veces, hasta que dejó de venir. No la vi en mucho tiempo, después del último día, cuando estuvo en casa jugando y papá rompió el mueble y varios objetos de la habitación de al lado.

Pero lo peor, sin duda, eran los fines de semana. Era cuando bebía más y se ponía más furioso con nosotros. Yo ya estaba cansada de que quisiera a todos los demás menos a nosotros. Mamá también. Los enfados iban cada vez a peor. Cada vez eran más las veces que mamá nos encerraba en la habitación para "arreglar" las cosas con papá. Yo presentía que algo muy grande y horrible iba a pasar. Y pasó esa noche. Para ese entonces yo ya había descubierto la estratagema de mamá y sus pegatinas en forma de sonrisa. Yo empecé a tomarle prestadas alguna que otra para que ella también creyera que yo era feliz.

Ese día Mamá no quería abrirle la puerta. Era uno de esos días en que papá no llegaba del trabajo y pasaban las horas y mamá cada vez se iba poniendo más nerviosa. Mientras más tiempo pasaba, más borracho y más enfadado venía papá. Y mamá bien que lo sabía. Ese día estaban pasando demasiadas. Cuando se hizo de noche, mamá cogió la llave, le dio las dos vueltas en la cerradura y la dejó puesta. Iban pasando las horas y mamá fingía estar tranquila haciendo muchas cosas sin parar en la casa. Cuando ya era lo suficientemente tarde para saber que no iba a pasar nada bueno, mamá nos metió en el cuarto. Nos dio instrucciones, como siempre: no debíamos salir de allí hasta que ella lo dijera. Cerró la puerta y nos pidió que nos durmiéramos. Por supuesto, no le hicimos caso. Nos pusimos debajo de la manta a modo de tienda de campaña. Leire tenía los ojos abiertos como platos. Hablábamos muy bajito para que mamá no nos oyera. Leire me decía:

—Vera, ¿tienes miedo?

—No.

—Vera, ¿qué va a pasar?

—No va a pasar nada, Leire. Coge el peluche, anda.

Daniel le replicaba que era muy pesada y que se estuviera quieta. Leire quería toda la manta para ella. De repente se escuchó un ruido metálico y atascado que provenía de la puerta de la entrada. Nos miramos a los ojos una y otra vez sin decirnos nada. El sonido se repitió hasta que papá empezó a aporrear la puerta mientras gritaba que lo dejaran entrar. Los niños querían llorar, pero se aguantaban.

—Vamos con mamá —decía Leire.

—No. Dijo que no saliéramos —le explicaba Daniel.

Cada vez era más difícil evitar que lloraran. Se oía la voz de mamá suplicante, pidiéndole que se fuera, que así no iba a entrar en casa. De pronto, escuchamos un estruendo enorme y los rugidos de papá mucho más cerca. Ya papá estaba dentro de casa. Los gritos de mamá golpeaban en nuestros oídos. Los insultos, las voces y los golpes cada vez eran más violentos. Entonces, un alarido de mamá hizo que saliéramos disparados de la habitación. Al contemplar la escena un terror, frío y sudoroso a la vez, nos envolvió. Parecía que el tiempo iba a cámara lenta, que las voces eran ecos, que mamá no era mamá ni nosotros nosotros mismos. Era como una película de miedo en la que no puedes darle a la pausa. El terror no hizo que nos paralizáramos: corrimos hacía mamá y nos atrincheramos en torno a ella. Entre mamá y él. Papá comenzó a vomitar sus insultos, esta vez hacia nosotros. Estaba fuera de sí. Nos chillaba como un loco que nos apartáramos. Tanto le enfureció que no nos quitáramos de en medio, que tiró la mesa que tenía en la mano, nos dedicó unos últimos insultos y se largó. No sé qué es lo que vio mamá en nuestras caras, qué fue lo que sintió, o qué es lo que realmente le hizo papá. ¿Será que vio por un momento en nuestras pupilas a la mujer que no quería ser, la vida que no quería tener, la vida que no quería que tuviéramos? Realmente, más tarde, me di cuenta de que nunca supimos qué pasaba con mamá. Yo no podía parar de temblar.

Ni Leire.

Ni Daniel.

Estábamos preocupados por mamá y por Carlitos, que estaba en la barriga de mamá. Mientras veíamos unos dibujos, ella se fue para adentro y llamó por teléfono.

En poco tiempo llegó la tía Tere, que no era mi tía pero como si lo fuera. Nosotros veíamos los dibujos sin hacerles mucho caso, como ausentes, mientras la tía y mamá hablaban por teléfono. Después de un rato, mamá entró en la habitación con la tía Tere, que nos dijo que tenía que llevarse a mamá al hospital. Dijo que doña Lolita estaba en casa y que cuidaría de nosotros hasta que mamá llegara. Yo estaba realmente nerviosa, pero se me quitó un poquito porque mamá nos dejó esperarla despiertos. Yo me puse a freír papas, Daniel sacó las estampas y Leire se puso a hacerle coletas a doña Lolita.

Aunque doña Lolita se estuviera quedando dormida no nos cansábamos de intentar que se aprendiera los nombres de los jugadores de fútbol. Teníamos muchísimas estampas. Últimamente les ganábamos a todos los niños en el colegio. Bakero, Chapi, Morales. Doña Lolita iba repitiendo sus nombres, pero después, cuando le preguntábamos, ya no se acordaba. Ella estaba más atenta al ascensor, no sé por qué. A lo mejor esperando a que viniera mamá. Claro, algo había que hacer con la puerta de la calle. Y qué miedo dormir con la puerta rota. Ese gran golpe que habíamos escuchado. Menos mal que doña Lolita no se iba a mover de ahí.

Ella permanecía inamovible, con la silla pegada en la puerta. Con la cabeza muy alta y alerta. Parecía que, ni anunciando un terremoto, doña Lolita fuera a dejar de custodiar esa puerta. Con un semblante serio, entrecortado con risas

cuando le hacíamos una coleta o le prestábamos estampas. Y no le importaba que la gente que pasaba mirara la puerta con desconcierto, mientras se llevaban las manos a la cabeza. Aunque se guardaban sus preguntas. Todos sabían lo que había pasado. Todos lo sabían desde hace tiempo. Pero, de puertas para adentro, nadie se metía en nada. Doña Lolita se enfadaba si se quedaban mirando mucho rato. Les soltaba cualquier cosa para espantarlos y seguía a lo suyo con nosotros. Ella también era mi abuela y era como la mamá de mamá. La que no tenía desde que se fue cuando ella tenía catorce años. Qué equivocado estaba papá. Mamá no estaba sola. Jamás. Doña Lolita, cada vez que sentía el ruido del ascensor, daba un brinco. Cuando veía que no era ese el piso donde se abría, volvía a pegarse, estirada, a la silla. Al fin llegó mamá. "¿Cómo está el bebé?", le pregunté. El niño estaba bien y ella estaba bien. Pero nos teníamos que ir de casa. Debíamos irnos. Era necesario y lo íbamos a hacer. Todos lo entendimos así cuando mamá nos preguntó si estábamos de acuerdo con lo que pensaba hacer. Mamá nos explicó que debíamos coger lo imprescindible. Lo que más pena me dio fue despedirme de mis amigos del colegio. Aunque mamá nos prometió que cuando todo se acabara volveríamos a verlos.

Era invierno, llovía. Un coche negro se aproximaba lentamente para llevarnos a aquella casa donde nos iban a ayudar. El camino fue largo y silencioso, lleno de hojas de muchos colores, pero todos éramos conscientes que cuando volviéramos no seríamos los mismos. Fuimos muy felices por fin en aquella casa. Tanto que no queríamos regresar. Tanto que

sentimos un gran vacío cuando nos marchamos. Cuando nos avisaron de que se había arreglado todo, lamenté mucho no haberme despedido de Liuva, la amiga que me acogió en el colegio nuevo sin hacer preguntas que no podía contestar y que me envolvió en su mundo de fantasía que en realidad no lo era tanto. Y es que, al fin y al cabo, era un viaje con billete de ida y vuelta. La vuelta, es otra historia, pero me traje a mamá con una sonrisa de verdad. La mía también lo era.



La iglesia de mi vida

Noemi Fernanda Cabali Santana



Y ahí estaba yo, en la iglesia de Santa Brígida, donde mis padres me bautizaron, disfrutando de uno de los mejores días de mi vida, mi boda, siendo testigo, en primera persona, de que un hombre puede amar sinceramente a una mujer, respetarla y hacerla más grande y fuerte.

Pero para llegar a ese día tan importante, antes tuve que conocer el lado oscuro de la vida. Junto a mí, siempre mi madre, que tuvo ese día el mejor regalo: "las palabras de una madre" que hicieron estremecer a todos los que estábamos en la iglesia. En ellas recordó brevemente todo lo que tuvimos que vivir junto a mi padre, un hombre complicado que, a día de hoy, puedo decir que nunca llegué a conocer.

Mi madre llegó de Filipinas en mil novecientos setenta y nueve. Su primer destino fue Lanzarote, donde tuvo que trabajar con una familia que la hizo sentir una extraña todo el tiempo, hasta que por suerte conoció a otra familia de Gran Canaria, que la acogió como a una más. Dos años después llegó mi padre de Cuba. Mi abuelo era de Gran Canaria y había regresado antes que mi padre a su tierra después de emigrar a Cuba, como tantos otros canarios en busca de una mejor vida. Ambos pretendían labrarse un futuro mejor y el destino hizo que se conocieran en el Arco de la Atalaya. Mi madre se enamoró por

completo. Al poco de conocerse se casaron. Y al año, llegué yo. Fui una niña muy deseada, por la gran necesidad de mi madre de crear una familia unida. Creo que por la diversidad de culturas, por la mezcla de sangres que confluyen en mí, mantengo una mentalidad más abierta al nuevo mundo que nos rodea, sin prejuicios hacia lo desconocido.

Para mi madre, yo siempre he representado un cobijo, un refugio en los momentos duros. Quizás por eso para mí ella ha sido el motor que ha hecho funcionar mi corazón en momentos tan duros. Es una madre "con mayúsculas", capaz de perdonar lo imperdonable, capaz de sacar fuerzas no sé de dónde y tirar hacia delante, y estar al lado de quien más lo necesita, incluso aunque no lo merezca.

Un año antes de mi boda, en esa misma iglesia, el día de la comunión de la mayor de mis hermanas pequeñas, sin ser consciente de ello, mi padre se despedía de mí para siempre. Pude apreciar una mirada triste y vacía, la de un hombre que se dio cuenta de cuánto había perdido y renunciaba a seguir luchando por vivir.

No recuerdo el día exacto en que todo se desató en casa, pero sí cómo me sentí al descubrir que mi padre no era el hombre que yo creía, o más bien el hombre que yo había idealizado en mi cabeza.

Lo que sí recuerdo fueron sus palabras exactas a mi madre cuando llegó del materno:

—Ahí dejé a tu hija, pariendo —dijo mi padre, con una frialdad total.

A esto mi madre le contestó.

—Tú eres el padre. Dime la verdad.

Mi madre no preguntaba, sino afirmaba.

A lo cual mi padre, agachó la cabeza y contestó:

—Te equivocaste al traer a tu hija.

Dos años antes mi madre había traído a mi hermana, una joven de veinte y tres años, fruto de su primer matrimonio en Filipinas, a quien había tenido que dejar con su madrina al venirse a Canarias para poder dar un futuro digno a su niña.

Fueron muchas las ocasiones en las que mi madre intentó traerla, pero también muchos los motivos por lo que nunca resultaba, tanto por trámites burocráticos como por influencias familiares, que hacían que su hija se alejase cada vez más de ella. Finalmente, en mil novecientos noventa y ocho, cuando falleció la madrina de mi madre quien cuidaba de mi hermana, mi madre movió cielo y tierra y llegó a Gran Canaria, nuestro hogar.

Justo un año después de su llegada, mi hermana dio la noticia de que volvía a Filipinas, argumentando:

—Aquí no soy feliz.

Esta contestación entristeció mucho a mi madre. Finalmente, mi hermana marchó, dejando sin consuelo a una madre y a una hermana. No lo sabíamos, pero mi hermana huía de un gran secreto que destrozaría para siempre nuestra familia. Mi hermana no tuvo la gran suerte que tuve yo de criarse junto a mi madre. Por eso nunca sintió su cariño, a pesar de que mi madre la amaba en la distancia. Tuvo una mala consejera que le transmitió todo el tiempo que mi madre

la había abandonado, y no le hizo entender que gracias a su partida ella pudo tener una vida digna en Filipinas.

Al llegar a Filipinas, recibimos una llamada diciéndonos que mi hermana estaba embarazada y que estaba para dar a luz. Así fue, llegó al mundo una niña. Al poco de nacer, mi hermana llamó angustiada a mi madre: la niña había enfermado y no sabía que hacer. Mi madre volvió a traer a mi hermana para poder curar a la niña, ahora sólo le importaba que ésta se mejorase y no todo lo ocurrido.

Una vez en casa, mi hermana lloraba y lloraba y decía que el padre no quería hacerse cargo. Transcurrieron los días, los meses, hasta que pasó un año y nació la segunda niña. Fue en este momento cuando nuestra familia se rompió en mil pedacitos, que yo intentaba recomponer en sueños, pensando que tan solo sería una pesadilla de una adolescente de 15 años.

Mi madre había perdido a su marido (por el que tanto luchó, a pesar de las veces que le falló de tantas formas posibles) y a su hija. Y yo a mi padre y a mi hermana, a quienes pensaba dos personas incondicionales. ¿Cómo sería posible superar una situación así?

No recuerdo haber pasado unas navidades tan tristes, como las del año dos mil. Pero, sin darme cuenta, había conocido justo en el momento más triste de mi vida, a quien traería a mi vida tanta felicidad.

Invadidas por la rabia, no queríamos saber nada ni de mi hermana ni de mi padre. Durante un tiempo pensamos que sería posible mantenernos alejados, hacer “borrón y cuenta nueva”.

Pero un día, paseando con unas amigas por Triana, vi de lejos a mi hermana y dos niñas pequeñitas. ¡Mis hermanitas!, a las que no había podido abrazar ni besar, ni dar todo el amor que como hermana quería ofrecer y no podía, por todo lo ocurrido.

Desde ese momento, siempre me rondaba el mismo pensamiento por la cabeza: quería conocer a mis hermanas y tener una relación con ellas. Fueron los servicios sociales de Santa Brígida los que organizaron el primer encuentro. Fue un día maravilloso, compartí toda una mañana con las niñas, de tan solo dos y tres años. A partir de ese día, no ha habido un solo día que no haya sabido de ellas, y que ellas hayan sentido mi ausencia.

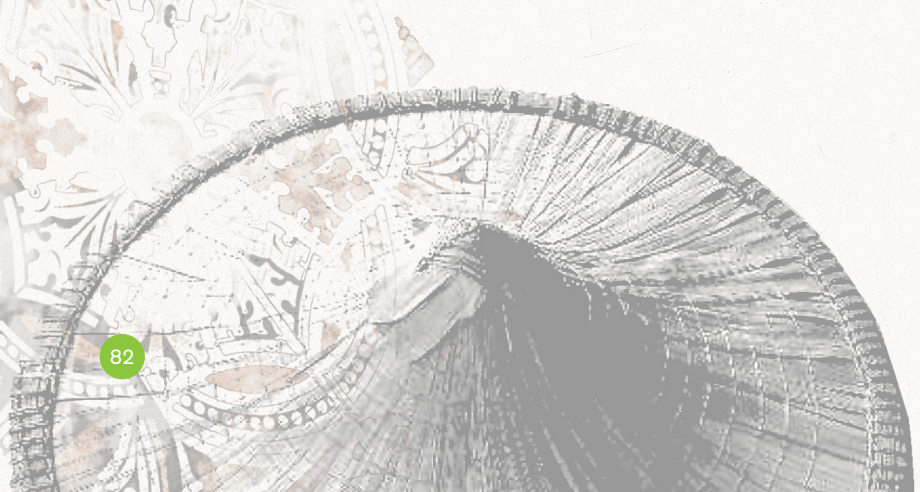
Una parte de mí estaba feliz, tenía a mi mayor pilar, mi madre, a una pareja incondicional y una relación con mis hermanas. Pero, a pesar de todo, quizás porque sí existieron buenos momentos, extrañaba a mi padre.

Me preguntaba una y mil veces: ¿por qué mi padre no me busca? Yo no había hecho nada malo, por qué tenía que esconderme si lo veía por la calle, por qué, si era él quien me había fallado.

Durante toda esta etapa, mi compañero, mi amor, permaneció junto a mí, dándome todo su apoyo. Él estuvo cuando organicé el primer encuentro con mi padre. Para mí era muy importante: iba a verle después de tantos años; para mi padre, en cambio, fue un día más, o así me lo hizo sentir. Cuando llegué y me recibió sin un brillo especial en la mirada, sus palabras fueron: “Podríamos habernos visto antes“, como si él hubiese hecho algo al respecto.

Tardé mucho en comprender que su áspera vida y su difícil y casi inexistente relación con su padre, no le permitieron amar a nadie, ni siquiera a lo más grande, un hijo. La vida le dio la oportunidad de volver a empezar junto a dos niñas adorables, pero la enorme pena que sentía y su incapacidad para aceptar sus errores y pedir perdón no le permitieron hacer algo tan natural como amar a sus hijos.

Será en la Iglesia de Santa Brígida donde bautizaremos a Emmanuel, el regalo que nos ha hecho la vida a mi marido y a mí, para colmarnos de la mayor felicidad, un hijo. Desde que tengo conciencia, deseé ser madre joven, y así ha sido: a mis veinte y siete años he experimentado el milagro de la vida, aflorando mil emociones y dudas en mí sobre cómo educar a nuestro pequeño, pero, a diferencia de mi padre, yo sí aprendí de sus errores. Soy consciente de que puedo equivocarme, pero también tengo claro que yo le di la vida, y está en este mundo porque así lo decidimos, y merece todo nuestro respeto y cariño. Otra gran diferencia. y que me llena de satisfacción y alegría, es que mi hijo sí gozará de un padre ejemplar que lucha día a día por ser una mejor persona y dar lo mejor a su hijo sin limitarse por el egoísmo y el orgullo.



EMMANUEL



Apéndice I

Vivir al otro

Una aproximación desde la neurociencia cognitiva

Marta Silvera Roig[1]

1 Marta Silvera Roig, licenciada en Filología Inglesa, ha realizado estudios de lingüística, traducción y neurociencia cognitiva. Forma parte del grupo de investigación interdiciplinar de Juani Guerra, en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, en el campo de la Poética Cognitiva. Sus últimas participaciones en congresos y su tesis doctoral versan sobre las estructuras invisibles del texto literario y sobre cómo la neurociencia afectiva puede acercarnos a las emociones que despierta.

Las últimas investigaciones en el campo de la neurociencia cognitiva, tejida en el entramado de la sociología, biología, psicología, antropología, humanidades y, en general, las ciencias de la vida, han dado lugar a una nueva generación de lingüistas que, con nuevos y viejos conocimientos, han desarrollado nuevos modelos y herramientas para acercarse al lenguaje oral, gestual, escrito. Una de las ideas más relevantes en esta revolución humanística reside en el hecho de la reivindicación del cuerpo. La teoría de la mente corporeizada, que rechaza cualquier tipo de división mente-cuerpo y se aleja del determinismo biológico, nos habla de cómo las metáforas no son meras figuras retóricas, sino una herramienta fundamental de la cognición humana. A través de nuestras primeras vivencias corporales, a través del cuerpo, la experiencia construye una memoria física que crece conjuntamente dentro de una comunidad, con todos los elementos socioculturales que son inherentes al ser humano. Así pues, nuestra capacidad de comunicarnos utilizando estructuras complejas sobre vivencias abstractas se encuentra ligada a un enganche biológico. Como seres sociales, nos comunicamos a través de un cuerpo que es cuerpo vivido y viviente, cuyas experiencias pasadas confluyen con el ahora, cuya genética, características químicas y hormonales, aunque importantes, no llegan a hacer sombra a la variable contextual. Mente, cuerpo y contexto son indivisibles, son un todo que conforma nuestra vida.

Ahora sabemos que el cerebro es plástico y que sus cambios orgánicos reflejan su interacción con el entorno a través de un cuerpo que comunica, sabemos que la motivación es un motor poderoso en su capacidad de transformar nuestras vidas,

que las emociones pertenecen a un primitivo circuito tan esencial que las elecciones más importantes se toman por y para ellas, aunque la conciencia y nuestro razonamiento nos hagan creer que decidimos a través de planteamientos lógicos. La cognición es pre-lingüística, una enorme y cambiante imaginería conceptual precede al lenguaje, y a través de las palabras toma forma y se transforma, continuamente, en un camino bidireccional.

Todos somos creativos y creativas, nuestras mentes son artísticas, desde la anécdota que le contamos a una amiga hasta la más intrincada obra literaria. Cuando construimos una historia, nos construimos a nosotros mismos. Contar historias no es algo optativo, lo hacemos continuamente, hablamos de nuestros parientes, amistades, vivencias, sobre un libro o película, sobre un atardecer o sobre una canción, sobre el tacto de la piel del otro, sobre el sabor de una fruta exótica, sobre el olor de un nuevo aroma. Cuerpo y mente sufren y gozan juntos, situados en un momento y en un espacio, compartiendo claves y guiones de la comunidad social a la que pertenecen y transformándose junto a las experiencias pasadas, tan marcadas en la piel, y siempre en la memoria. Así conceptualizamos el pasado, tratamos de entender el presente y miramos hacia el futuro, como miembros de una sociedad y cultura que, vivas, también se transforman en su interacción con otras. La agilidad y creatividad de la palabra como reflejo de vida es la expresión de todo lo que significamos; a través de ella, lo que somos: significandos, emoción y creatividad, complejidades y estructuras cognitivas que permiten nuestra transformación e interacción. Nuestra mente literaria es la esencia de nuestros conocimientos y experiencias, no una literatura

extraña o exótica, sino una literatura viva y continua que palpita en nuestro existir cotidiano a través de historias, gracias a las cuales nos acercamos al espacio, al tiempo, a nosotros mismos y a los demás, pudiendo así razonar, categorizar y crear y resolver conflictos. Nuestra forma de conceptualizar es la base de las teorías del lenguaje, contar historias es lo que nos hace humanos.

Los textos que encontramos en este libro viven cuando son leídos, recordados, pensados. La experiencia de quien lea al acercarse a ellos es una experiencia empática y comunicativa, su potencial emocional, evocador y creador nos habla y el proceso de lectura se convierte en una vivencia, una conversación entre este y el lector y la lectora. El ejercicio narrativo de contar una experiencia dolorosa es terapéutico y transformador; a través de una historia la memoria construye nuevos significados y recrea otros, acercándose a la emoción original a través del reflejo de un sentimiento, de una anécdota, recuperando el cuerpo que fue y que es.

Quien lea reconocerá al momento elementos comunes en todos los textos, un ir y venir del antes al después y un ahora imaginado. La experiencia de la lectura convertida en experiencia propia dará lugar a la reflexión. Tal y como ocurre cuando experimentamos algo, la historia nos convierte en protagonistas y nos construye, también. Nosotros viviremos así una historia de ruidos, de llaves que giran, de gritos y silencios, de bocas cerradas; una historia de tacto, de golpes y caricias, de estremecimientos y escalofríos; una historia de gustos dulces y amargos; una historia visual desde el blanco y negro y lo desdibujado al color; una historia de olor, el aroma de una madre, el aroma del alcohol.

El papel de la fantasía es constante en los textos, la evasión infantil. Una vivencia tan real, o más, que las acontecidas en la vida de los niños y niñas que fueron (y vuelven a ser) quienes cuentan estas historias, reside en los cuentos que leyeron, en los dibujos con los que soñaban, en las canciones que aprendían, en los familiares y amigos y amigas que los acompañaron, en los objetos que se convirtieron en cómplices. Las alusiones a lo irreal se concentran en la experiencia emocional del dolor; el color y la sensación de realidad regresan con aquello que representaba un alivio y otro mundo, las palabras traen ecos de vivencias, que se mezclan, se pierden, se recuperan, regresan y vuelven. Volver. En los textos la narración vuelve constantemente, huye y regresa: salir de una casa y de nuevo entrar, salir de un momento y el momento que se repite, y vuelve, vuelve, vuelve hasta ser historia y ser vivencia de nuevo, y ser experiencia nueva, de nuevo, para el lector o lectora.

Contamos historias continuamente, nos contamos historias continuamente. Las historias orales, escritas, gestuales, la comunicación, en definitiva, somos nosotros, nosotras y los demás. No es en las palabras de estas historias donde reside el significado, pero el lenguaje nos permite guiarlo, nuestro cuerpo y mente significan y, a través del lenguaje, accedemos, recreamos y transformamos nuestras operaciones cognitivas y percepciones, que funcionan en un continuo indivisible y creativo.

Según el neurocientífico portugués Antonio Damasio, pionero en el estudio de las emociones, la emoción desencadena una reacción que empieza en el cerebro, y se refleja en el cuerpo, entonces nuestras ideas se relacionan con esas reacciones y con

aquello que ha causado la reacción. Esta percepción da lugar al sentimiento. Todo ello, lo que ha generado la emoción, la respuesta del cuerpo y los pensamientos que los acompañan, constituyen el sentimiento. Sentir es la percepción de esta experiencia emocional. A través de nuestra actividad cognitiva podemos transformar y revivir emociones y, como seres empáticos, vivimos las emociones de los demás, las sentimos.

Las historias de este libro serán experiencias vividas para el lector y la lectora. El lector no es un mero recipiente de estas, quien lee activa la historia y se convierte en el sujeto que las experimenta, creándose así un diálogo entre este y la historia en el que se comparte y se crea. Nuestra capacidad de experimentar las emociones de las que nos hablan los sentimientos del otro es el motor y origen de nuestra habilidad para transformarnos y transformar el mundo. Contar y leer o escuchar historias es vivirnos, es vivir a los demás.

Apéndice II

Voces al tiempo y la memoria olvidada

Mónica Pulido Martín
Trabajadora social y coordinadora del proyecto

Los niños, las niñas y el cuento literario. La recuperación de la memoria

El proceso de escritura de *Voces al tiempo* ha sido revelador para todas las personas que han participado en él, ya que ha supuesto la ruptura del tabú que rodea la experiencia de la violencia a lo largo de la infancia. La verbalización de experiencias violentas es dolorosa y generalmente está rodeada de miedo, vergüenza y culpabilidad. Tanto los y las protagonistas de los relatos como el resto de personas que han colaborado en su producción han experimentado un cambio en su manera de concebir y comprender la violencia de género. Ha supuesto un cambio en la manera de percibir una realidad sobre la que parecía estar todo dicho y escrito.

Y el resultado de ese proceso, entendemos, es necesario compartirlo. Este libro, que fue ideado como una serie de cuentos literarios, ha pasado a convertirse en una herramienta con potencial sensibilizador, visibilizador y divulgativo. Y así queremos ofrecerlo, como una herramienta de prevención de la violencia de género cuyas víctimas son, también, los niños y las niñas.

La secuencia de los seis relatos que componen *Voces al tiempo* cede el protagonismo a un grupo de personas que cuenta en clave de ficción, aunque con muchos detalles recuperados de la memoria, su experiencia como hijos e hijas de agresores y de víctimas de violencia de género. Su historia es dura, pero su capacidad de superación es mayor y su relato, en forma de cuento literario, pretende abrir los ojos a una realidad invisibilizada y generar respuestas activas que consigan mejorar la vida de

los niños y niñas que se encuentran en la misma situación. De manera consciente, los autores y autoras de los relatos quieren y pretenden contribuir a re-pensar la importancia del cuidado de la infancia y evidenciar las múltiples consecuencias de la violencia. Los relatos subjetivamente narrados manifiestan que la violencia de género es un hecho social que afecta a grupos sociales más allá de la relación agresor-víctima. Cada una de las vivencias narradas son clara muestra de ello.

La exposición de los niños y las niñas a la violencia de género. Cuando la victimización no se puede evitar

La temática en torno a la cual gira la construcción de *Voces al tiempo* es la **exposición de los niños y las niñas a la violencia de género**. Este complejo fenómeno social compromete el derecho de la infancia a la no discriminación de su bienestar con respecto a cualesquiera otras circunstancias; a su derecho al interés superior de los y las menores en cualquier contexto; a su participación activa y protagonista en las decisiones que les afectan; a su crianza en entornos seguros y, además, libres de violencia; a su derecho a generar vínculos afectivos adecuados con sus progenitores o cuidadores que proporcionen estabilidad, pero sobre todo atenta gravemente su **derecho al desarrollo**. Un niño o niña que viven atemorizados por la existencia de relaciones desequilibradas en las que la violencia es la pauta, no pueden desarrollar sus capacidades de manera adecuada, además de sufrir otro tipo de consecuencias no desdeñables (como daño

psicológico o físico, enfermedad, muerte, etc.). Pero no debemos dejar de considerar que cualquier circunstancia limitante de las capacidades del desarrollo de los individuos constituye una circunstancia que condiciona el desarrollo humano de cualquier grupo social. Y el coste de esta limitación no debe ser despreciado. A modo de resumen, la exposición de los niños y las niñas a la violencia de género supone un **grave atentado a sus Derechos Humanos**.

Se considera que aunque los niños y niñas no sean objeto *directo* de la violencia (es decir, receptores físicos de la misma), la mera convivencia en entornos violentos de marcada desigualdad en las relaciones, de extrema desigualdad en el reparto de roles y en la toma de decisiones, convierte a los niños y niñas en **víctimas directas de violencia de género**. Los hijos e hijas de agresores y de agredidas pueden ser testigos de episodios de violencia, sufren las consecuencias derivadas de lesiones u otros daños incapacitantes, pero, ante todo, desarrollan su personalidad en un contexto en el que la desigualdad en las relaciones con base de género, que se manifiesta en agresiones, es el pilar de su educación y crianza.

En definitiva, *Voces al tiempo* es una herramienta de sensibilización (y prevención) de la exposición de los niños y niñas a la violencia de género. Una herramienta que pretende generar reflexión en profesionales que trabajan de manera directa en el ámbito de la violencia de género, así como entre profesionales cuyo desempeño cotidiano, y de manera particular en el ámbito educativo, puedan contribuir a eliminar factores de desigualdad social. Es por esto que no podemos obviar que la lectura de los

relatos que componen este libro puede ayudar a comprender cómo experimentan subjetivamente los niños y niñas la violencia en su entorno familiar y de este modo promover los cambios precisos para fomentar un sistema de protección necesario para la infancia.

Planteamiento del estado de la cuestión. Una justificación

La repercusión a nivel colectivo de la violencia de género como hecho social tiene en la actualidad un alcance que no puede comprenderse sino como consecuencia del intenso trabajo de visibilización y sensibilización de múltiples agentes sociales. Un trabajo de visibilización de los hechos, de los trágicos hechos, que consigue la puesta en marcha de respuestas institucionales a múltiples niveles así como de diverso carácter. La institucionalización de la lucha por la erradicación de la violencia de género se plasma en el trabajo de servicios especializados en la atención y prevención, en la modificación de la normativa, así como en el establecimiento de un innovador marco jurídico que supone un salto adelante del sistema de protección de las mujeres víctimas de violencia de género y de promoción de la igualdad.

El análisis y debate de esta realidad social permite comprender que los procesos de violencia de género no afectan exclusivamente a las mujeres "victimizadas" (y decimos victimizadas ya que las mujeres que sufren violencia de género no son víctimas por sí mismas, sufren un proceso de victimización por parte del

agresor), sino que afecta al conjunto de la sociedad en tanto condicionan las posibilidades de promoción social y de desarrollo humano. El ejercicio de la violencia compromete seriamente la igualdad de oportunidades; la violencia de género es una forma, una manifestación de la desigualdad con base de género y una manifestación de la desigual estructura de distribución del poder en las relaciones tanto sociales como de parentesco e interpersonales.

El progresivo avance del compromiso institucional por la erradicación de esta forma de violencia es evidente: la puesta en marcha de servicios sociales especializados de intervención, la promoción de programas de carácter integral, la formación de equipos de intervención multidisciplinares así como la promoción de la formación permanente de los mismos, la implicación directa de agentes sociales en ámbitos como el sanitario, educativo, las fuerzas de seguridad, etc., acompañado de un soporte normativo innovador y ejemplar a nivel internacional. Este sistema de intervención está consolidado y ha demostrado su validez. No obstante, y precisamente por eso, su consolidación permite y demanda la evaluación de su eficacia y el cuestionamiento de las actuaciones a fin de promover su mejora y adecuación a las exigencias emergentes. Las características del escenario social actual hacen necesaria una evaluación de los procesos de intervención para su adaptación a la coyuntura económica (de recesión y ajuste de los recursos públicos), a las nuevas necesidades derivadas de la aplicación de la normativa y al éxito de la intervención de los servicios especializados así como a las nuevas demandas individuales y colectivas.

En lo relativo a las respuestas disponibles para los niños y niñas expuestos a la violencia de género, ya han sido puestas en marcha iniciativas específicas que facilitan a los menores la asistencia a nivel social, la atención psicológica y su acogida en términos residenciales junto con sus madres en procesos de emergencia social. Asimismo, los niños y niñas suelen ser objeto de actividades concretas de prevención de la violencia en tanto la educación en términos de igualdad es eje clave de procesos sostenibles que pretenden generar modelos de convivencia futuras más igualitarias, menos violentas y tendentes a la promoción del desarrollo entendido en términos amplios.

Por su parte, el Cabildo de Gran Canaria mediante la Red Insular de Gran Canaria de Centros Especializados de Intervención con Mujeres Víctimas de Violencia de Género y Programas Municipales de Prevención y Sensibilización Contra la Violencia de Género incluye entre sus objetivos principales la atención específica a los niños y niñas expuestos a la violencia de género. Igualmente, el Instituto Canario de Igualdad ha publicado recientemente una guía para profesionales en la que expone de manera clara la realidad de este colectivo y el marco normativo de referencia, además de ofrecer material didáctico para la intervención desde varios sectores.

Del mismo modo que la promoción de la igualdad o la promoción de la sostenibilidad de los procesos impulsados para el cambio social son ejes transversales a tener en cuenta en cualquier iniciativa, la perspectiva de los **derechos de la infancia** debe ser incluida en el sistema de intervención frente a la violencia de género, ya que los niños y niñas deben ser tenidos

en cuenta como víctimas directas de esta, y en el mismo plano que las mujeres. Se hace necesaria una revisión de las acciones de atención a este grupo poblacional que tradicionalmente ha sido atendido como objeto de protección en tanto se encuentran vinculados a sus madres agredidas, y no como sujetos de derecho de manera independiente. La atención adecuada, adaptada y suficiente a la infancia no puede mantenerse alejada de la intervención en materia de Violencia de Género. Su realidad hace preciso que sean percibidos como **sujetos de derecho** en el mismo plano que los adultos.

Para evidenciar la invisibilidad de la realidad de los niños y niñas expuestos a la violencia de género, cabe apuntar que no existen datos cuantitativos precisos que permitan valorar el alcance de la situación (ni de fuentes oficiales ni de otro tipo); existe solo una estimación aproximada del número de menores en esta situación, ya que no se realiza un desglose estadístico por menores afectados por la violencia de género. El trabajo de recogida de datos cuantitativos excluye las especificidades de los niños y niñas en este ámbito. Y lo que no se nombra, sencillamente, no existe.

Definiciones y normativa

¿En qué consiste la exposición de niños y niñas a la violencia de género?

Las necesidades fundamentales de la infancia, a diferencia de las necesidades de las personas adultas, cuentan con la particularidad de precisar estructuras estables de protección,

afecto y cuidados. De esta necesidad se desprende el derecho de los niños y niñas a disponer de un hogar en el que la seguridad física y emocional sea prioritaria para su adecuado desarrollo. La experiencia de la crianza es compleja y la seguridad en los entornos de crecimiento no se limita a la eliminación de la violencia. La seguridad en este sentido es un complejo multidimensional en el que los vínculos han de ser estables, equilibrados pero, fundamentalmente, dirigidos al bienestar de los niños y niñas.

La exposición de los niños y niñas a la violencia de género debe entenderse como aquel complejo que supone que los y las descendientes de agresores-agredidas asisten a la violencia y viven las consecuencias de los desórdenes que esta supone en su vida cotidiana. Consecuencias como el traslado forzoso de domicilio por motivos de seguridad, los cambios traumáticos en su rutina, el desarraigo familiar y social, perturbaciones en la salud, en el equilibrio psicológico, la privación de libertad y la lejanía de su padre o la muerte de su madre.

A nivel internacional, en el año 2006 el Secretario General de la ONU presenta el *Informe sobre violencia contra los niños y las niñas*, un estudio elaborado por el experto independiente Paulo Sérgio Pinheiro. En este informe se define la violencia contra los niños y las niñas como "el uso deliberado de la fuerza o poder, real o en forma de amenaza que tenga o pueda tener como resultado lesiones, daño psicológico, un desarrollo deficiente, privaciones o incluso la muerte".

Por su parte, la Organización Mundial de la Salud define el maltrato infantil como sigue: "todas las formas de maltrato físico y/o psicológico, abuso sexual, tratamiento negligente o comercial

u otra forma de explotación que cause o pueda causar daño a la salud de los niños y niñas, a su supervivencia o dignidad en el contexto de una relación de responsabilidad, confianza o poder".

De estas afirmaciones puede inferirse que la exposición de los niños y niñas a la violencia que se ejerce sobre la madre o cuidadora también los convierte en **víctimas directas** de la violencia de género. El consenso por parte de expertos y expertas es unánime, así como es emergente el debate en torno a la misma temática. El objetivo es claro: avanzar en los sistemas de erradicación de la violencia y de promoción de la igualdad. Es por esto que la planificación y ejecución de medidas de prevención y atención directa no puede obviar la realidad de los y las menores.

¿Qué normativa existe?

Como material que pueda orientar con respecto al marco normativo, se escoge el que sigue. Algunas de estas normas, tanto de carácter internacional como nacional, recogen de manera directa la protección de la infancia. Otras son el referente normativo de abordaje de la violencia de género, pero no son específicas para la infancia.

Internacional:

· Convención de Derechos del Niño, de Naciones Unidas, de 20 de Noviembre de 1989, ratificada por España el 30 de Noviembre de 1990.

· Resolución A 3-0172/92, del Parlamento Europeo mediante la que se aprueba la Carta Europea de los Derechos del Niño.

· Resolución 1714/2010 del Consejo de Europa.

Nacional:

· Ley 21/1987, de 11 de Noviembre, por la que se modifican determinados artículos del Código Civil y de la Ley de Enjuiciamiento Civil, en materia de adopción y otras formas de protección de menores.

· Ley Orgánica 1/1996, de 15 de Enero, de Protección Jurídica del Menor.

· Ley Orgánica 1/2004, de 28 de enero, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género.

Autonómica:

· Ley 1/1997, de 7 de Febrero, de Atención Integral a los menores.

· Ley 16/2003, de 8 de Abril, de Prevención y Protección integral de las mujeres contra la Violencia de Género.

Documentos de interés:

A modo de guía, se facilita documentación teórica que pueda facilitar el acercamiento a guías de intervención práctica enmarcadas en análisis teóricos. Son documentos que pueden

orientar a profesionales de los sectores especializados en su intervención así como ahondar en la temática propuesta.

· Pinheiro, Paulo Sérgio (2006). Informe sobre violencia contra los niños y las niñas (pp. 45-109). Naciones Unidas.

· Save the Children (2011). En la violencia de género no hay una sola víctima. Atención a los hijos e hijas de mujeres víctimas de violencia de género. Programa DAPHNE III de la Comisión Europea.

· Save the Children (2006). Atención a los niños y niñas víctimas de la violencia de género: Análisis de la atención a los hijos y hijas de mujeres víctimas de violencia de género en el sistema de protección a la mujer. Madrid: Edição de autor.

· Save the Children (s.d.). Atención a los niños y niñas víctimas de la violencia de género en España. Madrid: Edição de autor.

· VV.AA. (s.d.). Impacto de la violencia de género sobre niños, niñas y adolescentes. Guía de intervención. Azores- A Coruña.

· VV.AA (2012). Guía de intervención con menores víctimas de violencia de género. Instituto Canario de Igualdad, Consejería de Presidencia, Justicia e Igualdad, Gobierno de Canarias. Canarias.

Propuesta de reflexión. La siembra de la duda

Si *Voces al tiempo* puede ser útil de alguna manera es en la medida en que genere dudas y provoque preguntas en el lector o la lectora. El libro no pretende responder a ninguna pregunta, pretende provocarlas y generar un debate que contribuya a la mejora del sistema de protección frente a la violencia de género y la promoción de la Igualdad. Es por esto que compartimos las dudas y reflexiones que ha originado el proceso de escritura y producción de *Voces al tiempo*.

Desarrollo Humano y la violencia de género. ¿Existe alguna relación entre ambos?

La violencia de género, como expresión máxima de la desigualdad con base de género, constituye un grave freno al desarrollo social de cualquier sociedad. La limitación del ejercicio de las capacidades de cualquier persona repercute en una merma de las potencialidades de los grupos sociales a los que pertenece. Es decir, una sociedad con un número importante de personas condicionadas por la violencia no puede desarrollar de manera plena sus capacidades y posibilidades de desarrollo.

Evaluación permanente. ¿Por qué?

Cualquier proceso de cambio social (e incluimos aquí los sistemas de protección frente a la violencia y de promoción de la igualdad) ha de ser sistemáticamente sometido a evaluación. Los procesos sociales son dinámicos y, por tanto, cualquier iniciativa que pretenda introducir un cambio de mejora ha de adaptarse a los cambios visibles y, en lo posible, anticiparse a estos. A este efecto, el establecimiento de canales adecuados de evaluación son imprescindibles y deben estar contenidos en la planificación de las actividades.

Es obvio que nos encontramos en un escenario cambiante y dinámico, en el que las circunstancias económicas constituyen un importante freno a los procesos de cambio iniciados recientemente. La evaluación realizada no debe mantenerse al margen de esta realidad, y los procesos deben revisarse bajo criterios de eficiencia y eficacia.

Por otra parte, el hecho de evidenciar las lagunas en los sistemas de protección no debe interpretado como una crítica al propio sistema, sino como una oportunidad de incluir nuevas estrategias con el fin de generar sistemas cada vez más inclusivos e integrales.


Cabildo de
Gran Canaria


Gobierno de Canarias
Instituto Canario de Igualdad

Índice

[presentación oficial] 5

[presentación técnica] 7

Introducción (que los lectores de ficciones podrán saltar) 13

Voces al tiempo 17

· Clichés velados 27

· Como el humo de una hoguera 35

· En el horno 43

· La bicicleta roja 57

· De sonrisas ocultas 65

· La iglesia de mi vida 77

Apéndice I: Vivir al otro 85

Apéndice II. Voces al tiempo y la memoria olvidada 91